

ESCRITO ESTÁ EN MI ALMA

I

Eran las seis de la mañana y a Elena le pareció que el tiempo no iba a ser tan frío como el día anterior. El autobús la dejó en Carlos III, justo al lado de la consulta del odontólogo, la primera de las citas de la mañana. De allí iría a Santa Isabel, a la casa de los señores Gutiérrez, una acomodada familia española cualquiera, para llevar a cabo un trabajo que cualquiera podía hacer. En las dos horas de esfuerzo agotador en cada uno de esos sitios, a razón de 9,25 la hora (y no estaba mal el precio para lo que habitualmente se pagaba a las asistentas domésticas) tenía que realizar todas las labores que sus empleadores no podían o no querían atender.

En su primer destino del día, en la Clínica Dental, debía pasar la aspiradora por todas las habitaciones, limpiar el baño (el de los doctores y el de los pacientes), abrillantar las lámparas de la consulta, el sillón, las encimeras, los lavatorios, las mesas y teléfonos, la salita de espera, fregar los suelos y quitar el polvo de las estanterías y ornamentos... Al llegar a su destino, abrió con su llave la puerta. Por fin era una asistenta de confianza: ya no tenía que realizar las labores en su presencia ni bajo la vigilancia de nadie. Ahora llegaba cuando aún no había comenzado la consulta y su único cometido era terminar satisfactoriamente antes de la hora de la cita del primer cliente. Un olor conocido a antiséptico la recibió. Un poco más tarde ese aroma se mezclaría con el de la lejía, el detergente y, por último, el ambientador floral que le

gustaba a una de las auxiliares de la Clínica. «¿Qué importa la marca? – pensaba Elena–. Todos huelen igual de mal».

Donde sí olía bien era en su pueblo en primavera, al sur de los Cárpatos. Elena Liliana Cijevschi tenía veinticuatro años y procedía de Campia Turzii, al noroeste de Rumanía, un lugar donde el verde de los campos se confundía con el azul del cielo... y donde Elena no había tenido ninguna opción de liberarse de la pobreza que había acompañado a sus padres durante toda su vida. Una enfermedad de la madre a los cuarenta y cinco años y el mal carácter del padre habían convencido a los cuatro hermanos de que era preferible buscar la fortuna lejos de lo que podía haber sido un paraíso. Elena, hacía sólo tres años, había recalado en esa ciudad española donde ya tenía permiso de residencia, un lugar cualquiera, también la meta provisional adonde el destino había llevado a su hermana Olimpia un poco antes. Allí vivía, razonablemente contenta, trabajando como empleada doméstica. A otras les había ido peor. En esta vida no merece la pena sentirse la víctima de nada ni de nadie.

Elena se quitó el abrigo y se cambió de calzado, e inmediatamente se puso a trabajar. «Si me queda tiempo, al salir me fumo un cigarro», pensó. Ese era el único hábito personal del que no se sentía del todo contenta, aunque lo sentía más como hábito que como vicio, porque nunca se había dejado domeñar por nada que le pareciera capaz de esclavizarla. Por su juventud se ufanaba de tener el poder necesario como para desplegar una fuerza de voluntad suficiente con que cambiar el curso de su existencia. Por lo demás, ya se había acostumbrado a todos los rasgos de su cuerpo y de su carácter que la hacían tan parecida o tan tremadamente distinta de las otras chicas de su edad. Elena era morena y delgada y solía peinarse con flequillo corto y cola de

caballo. «En España suelen decir que los rumanos somos todos gitanos», se disculpaba por el color de su tez, bromeando, el primer día, si le tocaba presentarse en una nueva casa para trabajar. Prefería decirlo ella a que nadie lo comentase en voz baja. Y luego, en una voz que sólo oía ella misma, quería teñir de ironía una verdad que se le subía a la garganta: «No les debería importar. Con que trabaje mucho y cobre poco...». Lo que menos le gustaba de sí misma eran los dientes, tan desiguales, que solía tapar con la mano cuando se le saltaba la risa. Por eso aborrecía el tabaco, ya que sabía que le estropeaba aún más la boca, pero era un amor masoquista: no lo podía dejar porque no lo quería perder. Era el consuelo vacío entre las dos horas de una casa y la siguiente. «El día que cambie de trabajo, lo dejo», solía bromear. «Mientras tanto, a lo mejor él me quiere dejar a mí...»

A las ocho dejó la consulta. Al cerrar la puerta sonreía: al fin y al cabo había dejado un trabajo bien hecho. Le gustaba comenzar el día en una casa vacía porque prefería trabajar en silencio, sin sentirse observada y sin tener que oír conversaciones que a veces no entendía, así que, mientras limpiaba solía dejar vagar la imaginación por parajes remotos y las ensueños le procuraban más placeres que la propia realidad. Lástima que el resto del día tuviese que alternar el trabajo físico con la molestia de soportar a sus empleadores.

Cuando llegó al portal se sobresaltó: Enrique, el empleado más reciente de la Clínica, estaba junto a la puerta fumando un cigarro. «*Ce surprîză*», pensó Elena y enrojeció levemente.

—Buenos días. ¡Qué pronto ha venido hoy! —tradujo rápidamente desde su lengua materna.

Enrique tenía unos treinta años y era más o menos bien parecido. Bajo la bata blanca del trabajo solía llevar pantalones vaqueros y camisetas ajustadas que marcaban un cuerpo atlético y fibroso que había esculpido en largas horas de gimnasio. Por otra parte, le gustaba presumir de buen deportista y disfrutaba contando sus proezas en el equipo de fútbol local. Sin embargo, a Elena le disgustaba su mirada huidiza y pensaba que le afeaban las marcas de viruela de la cara.

Enrique sonrió con aire conquistador.

—No me llames de usted. No soy tan viejo todavía... —coqueteó—. Es que... hoy tenía mucho trabajo que preparar y he querido fumar un cigarrillo antes de subir... Si quieres acompañarme...

No era una oferta desagradable y, aunque Elena tenía cierto temor a los hombres porque le recordaban en exceso a su propio padre, aceptó, farfullando una disculpa por el tratamiento de cortesía anterior:

—Yo siempre hablo de usted a todos porque sé que en España hay gente que prefiere mantener la formalidad... Pero acepto el cigarro.

Enrique la miraba entornando un poco los ojos y adoptaba ciertas poses de galán.

—Aunque seas una chica tan formal... —añadió con intención— me puedes llamar Quique, como todos mis amigos.

Elena se sentía un poco cohibida. Por una parte le costaba entablar relaciones con desconocidos simulando cierta naturalidad, especialmente si eran hombres, pero por otra le halagaba que uno de los trabajadores de la Clínica se dirigiera a ella en actitud de igualdad, así que hizo un esfuerzo para resultar desenvuelta.

—Yo me llamo Elena. Se escribe sin hache... como en España —y sonrió procurando taparse la boca.

Enrique abrió la puerta y tiró la colilla a la calle. Le mostró una moto aparcada en la acera.

—Si te gustan las motos, un día te doy una vuelta.

Elena se fijó en el casco que yacía a los pies del muchacho y sonrió valorando su flequillo encrespado.

—¡Vaya! Si a Elena sin hache le hacen gracia las motos...

—¡Oh, no! No me hacen gracia. Además... me dan un poco de miedo.

—¿Miedo? Las motos son más seguras que los coches. Y yo conduzco muy bien. Cuando te lleve, si tienes miedo... ¡te agarras más fuerte! —concluyó simulando una broma.

A Elena esos coqueteos le parecían excesivos, así que sonrió como pudo y se despidió.

—Bueno, a lo mejor, un día me animo. Ahora tengo un poco de prisa. Me esperan en otro trabajo.

Mientras se alejaba sonrió y se arregló el pelo con la mano. No era desagradable que alguien se fijase en ella, aunque tuviera marcas de viruela. Al fin y al cabo, ella tampoco tenía la boca bonita y eso le había hecho padecer toda la vida. Aún recordaba algunas burlas de los chicos de su pueblo cuando tenía quince años. Quizás estaba juzgando a Quique con dureza y sólo era un chico sencillo que buscaba compañía o que quería hacerse querer. Igual que tantos otros... igual que ella...

Elena, en realidad, esperaba aún tantas cosas de la vida... ¿Por qué había salido de su tierra si no era para buscar un simulacro de edén donde ser

feliz? Sabía que tenía derecho a querer la abundancia y la paz, tenía derecho a labrarse un camino donde encontrarse a sí misma dichosa... tenía derecho (volvió a reflexionar esta vez con rubor) a enamorar y a enamorarse... ¡Afortunado aquel que, sobre todo, tiene ilusiones!

Tomó el autobús para dirigirse a la otra punta de la ciudad y, para lavar cierto sentimiento de culpa, se advirtió a sí misma: «Hoy te vas a quedar sin fumar hasta después de comer». Cuando llegó a su destino casi había olvidado el encuentro fortuito. El aire de la mañana estaba templado y, como odiaba tanto el frío como el calor, le inundó la sensación de que la vida se mostraba suficientemente halagüeña.

El portal de la casa de la calle Santa Isabel, amplio y luminoso, decorado con suelos de mármol y apliques dorados, mostraba a las claras el estilo de vida de sus moradores. Cuando Elena llegó a España se sentía intimidada por el lujo aparente de ese tipo de casas, que en su país sólo existían para unos pocos, pero al poco tiempo se acostumbró a considerarlo como el envoltorio de un fasto que muchas veces era tremadamente superficial. Allí le esperaba una jornada de otras dos horas, entre las ocho y media y diez y media de la mañana y la señora la esperaba casi siempre impaciente por salir a la calle. Primero acompañaba a su hija al colegio y después se demoraba en las compras habituales.

—Andrea todavía no se ha levantado. Hoy no irá al colegio porque esta noche ha tenido fiebre. No abras la ventana de su cuarto para que no haya corriente. Yo voy a salir a comprar mientras tú estás aquí.

La dueña de la casa, que se llamaba Rosa María, era una mujer de unos cuarenta años, bastante presumida. Había tenido a Andrea hacía cinco, pero

ponía todo su empeño en conservar la figura y en parecer más joven de lo que era. Siempre vestía con esmero y toda su ropa era nueva y cara. Su máxima preocupación consistía en tener impolitos todos sus modelos, que solía variar con frecuencia, así que cuando abría su armario, ordenado siempre de forma impecable, solía perder el sentido del tiempo extasiándose en la textura de las telas o en los colores, previendo futuras combinaciones. También utilizaba muchos minutos en vestir a la niña y en decidir qué tipo de ropa le quedaba mejor, aunque en opinión de su asistenta eso no quería decir que se ocupase mucho de ella.

Cuando la señora salió, Elena entró en el cuarto de Andrea, que seguía dormida, y a través de los visillos la observó luciendo un estupendo abrigo blanco y unos inverosímiles zapatos de tacón. «¡Qué incómodo para ir a la compra!», pensó, pero eso le hizo sonreír: «¡Vanidosa!». La vio cruzar la calle y al poco le salió al encuentro un hombre joven, al que saludó. El hombre se aproximó y ella lo rechazó con un gesto, pero a pesar de todo se fueron caminando juntos.

—¡Qué me importan a mí sus cosas! —decidió Elena.

El marido de Rosa María, que Elena conoció el primer día de trabajo, era un hombre mayor, bastante adinerado, que apenas pasaba tiempo en casa. Era alto y reseco y adornaba su cara alargada con un bigote ya canoso. Aunque no había vuelto a coincidir con él, aún recordaba la mala impresión que ambos habían experimentado en su primer encuentro. En aquella ocasión, él la obligó a presentarse a sí misma en un acto que a la chica le pareció excesivamente violento. Cuando llegó, con la recomendación de la casa donde

anteriormente había trabajado, él la conminó mirándola por encima de sus pequeñas gafas redondas:

—A ver, dígame quién es usted y de dónde viene.

Ella le dijo su nombre y apellidos, su dirección en la ciudad, y su lugar de nacimiento. Él la observaba con cierto desdén.

—¿Campia Turzii? ¿Dónde está eso? —y añadió dirigiéndose a su esposa en lugar de mirar a Elena—. ¿Y no podría haber nacido en Albacete o en Teruel?

Rosa María se encogió de hombros simulando indiferencia y Elena prefirió no mostrar abiertamente su disgusto.

—No entiendo —se limitó a contestar mientras imaginaba lo que en realidad estaba pasando por la cabeza del hombre.

—Bueno, si son nueve euros por hora, estamos de acuerdo —acabó concediendo tras otra mirada desaprobadora, y añadió con cierta ironía que englobaba a las dos mujeres. —En realidad, no es un trabajo excesivamente especializado.

Desde entonces había pasado más de un año, el sueldo había subido 25 céntimos más y Elena no había vuelto a encontrarlo en la casa, ya que todos los días salía muy temprano para volcarse en unas ocupaciones que debían ser, ciertamente, muy interesantes. Mientras tanto, su mujer, aparte de dedicarse a cuidar a la niña, tenía muy poco quehacer: desde que Andrea iba al colegio, a Rosa María le quedaba libre casi toda la mañana. Elena no podía evitar sacar ciertas conclusiones y se entretenía en imaginar la vida en común de la pareja: un marido viejo y malhumorado, una mujer joven, hermosa y aburrida... El peligro de un encuentro fortuito con otro hombre joven... Pero a

ella no le gustaba juzgar a los demás, así que eludió dejarse llevar por las trampas mentirosas de la imaginación: debía limitarse a dejar pasar la vida de los otros con el mismo escepticismo con que dejaba pasar la suya.

Para no despertar a la niña salió suavemente de la habitación y se dedicó a limpiar otras partes de la casa. Sólo le preocupaba que la señora volviera antes de la hora fijada para su partida: no quería llegar tarde al siguiente trabajo, ya que aquél iba a ser el primer día.

A las diez y cuarto Rosa María volvió, de bastante mal humor. Elena vio que tenía una mancha de café en el jersey.

—¿Aún está Andrea en la cama? ¿No has oído el teléfono? Te he llamado para que la despertaras.

—Ya sabe que en las casas yo nunca contesto. No entiendo lo que dice la gente si preguntan por usted. ¡Yo no entiendo bien! —insistió para disculparse, pero pensó que además no le interesaban los asuntos ajenos.

«Yo limpio y basta. No soy telefonista», era su lema.

Con todo, acabó a tiempo con las labores habituales para salir a la hora prevista. Aunque Rosa María era un poco antipática, no le disgustaba la casa de la calle Santa Isabel. Elena no se metía dentro de los corazones, pero por sus hábitos los tres moradores de la casa eran personas bastante “limpias”. Eso quería decir que su trabajo era menos desagradable que en otras ocasiones, e incluso le resultaba aséptico, similar al de la Clínica Dental. Su máxima obligación era abrillantar los suelos y los muebles y dejar cada cosa en su sitio después de limpiar, porque Rosa María tenía la manía del orden, mejor dicho, tenía la manía de que se conservase a toda costa el orden que ella había establecido. Eso a Elena no le molestaba: había aprendido a pasar de

puntillas junto a la vida de los otros sin querer dejar huella, en un silencio balsámico, sin apenas rozarles.

A las diez y media en punto ya estaba de nuevo en la calle, para cumplir con la última parte de su jornada: de once a una, en la calle de Afiladores, le esperaba doña Antonia, su nueva empleadora de un trabajo sin estrenar. Puesto que no estaba lejos, podía ir andando, mirando los escaparates repletos de cosas que ella no compraría porque, además, como se decía a sí misma: «tampoco me gustan».

La limpieza en casa de doña Antonia era un empleo reciente, que acababa de encontrar después de perder otro trabajo ocasional a la misma hora. Esta vez, como le urgiera llenar el hueco de su agenda diaria, había acudido a los anuncios por palabras en la prensa local: «Se ofrece asistenta rumana, con papeles, por horas». Recibió varias llamadas que resultaron ineficaces por no ajustarse al tiempo de que ella disponía, pero, por fin, en un golpe de suerte, en un azaroso contacto telefónico, se ajustaron las necesidades de las dos partes. Tras la conversación, en que acordaron el precio y la jornada, doña Antonia había decidido que comenzara cuanto antes.

—Si puedes venir mañana, empiezas ya.

«¡Vaya prisas!», pensó Elena. Otras veces le habían exigido comparecer en persona antes de decidirse a contratarla, pero esta doña Antonia debía ser una mujer muy energética, o que necesitaba ayuda con urgencia. Al hilo de estas reflexiones llegó al número de la calle indicada, reconoció el portal y pensó llamar desde abajo, pero un repentino sentimiento de aprensión la detuvo. Ella no solía estar pendiente de premoniciones ni de sugerencias medrosas, pero en esta ocasión una congoja difusa y desconocida la alertó de que quizás su

vida podía tomar un giro inesperado y desagradable. «¡Tonterías!», se respondió para sus adentros. Quizás era normal sentir cierta prevención ante lo novedoso. En otros casos la casa a la que acudía por primera vez la había alcanzado a través de alguien conocido, pero esta era la primera vez que se atrevía ante un anuncio de ofertas de trabajo y no tenía absolutamente ningún dato sobre los moradores del piso al que iba a llamar. No por eso había que dejarse arredrar por un obstáculo tan tonto, ni tener escrúpulos absurdos.

Por fin, despreciando la desacostumbrada sensación de peligro, llamó. Doña Antonia tardó bastante en contestar, pero por fin gritó con voz desabrida:

—¿Quién es?

—Soy Elena. Hablamos ayer por teléfono...

—¡Ah!, sube —contestó por el portero automático, y abrió.

La puerta de la calle daba paso a un oscuro zaguán, desde el que arrancaba una escalera no muy limpia con suelo de baldosas gastadas y pasamanos de madera. Mientras subía hasta el segundo piso, sin ascensor, se extrañó de que la hubieran contratado para trabajar en una casa que no parecía ser rica, pero al punto alejó de sí esas aprensiones. La antigüedad del edificio, las paredes desconchadas y las puertas mal pintadas en cada rellano mostraban que sus moradores no habían tenido mucho cuidado en su conservación o simplemente carecían del dinero necesario para encarar una reforma.

Cuando doña Antonia abrió la puerta de su casa, un olor desagradable dio la bienvenida a la empleada doméstica.

Doña Antonia era una mujer de unos sesenta años, bastante gruesa, vestida con descuido y mal gusto. Llevaba una falda marrón y una camiseta

amplia azul marino, y el pelo, que lo tenía muy blanco desde las raíces hasta una longitud de unos tres centímetros, de pronto se tornaba negro con rizos ensortijados y brillantes. Sorprendentemente, llevaba pintados los labios con rojo carmín. Al ver el desconcierto de Elena, doña Antonia, adivinando la causa, le ofreció una justificación con ademanes confianzudos:

—Es que acabo de venir de la calle. He salido a comprar el pan. Hala, pasa, que ya te voy a decir lo que tienes que hacer.

Elena entró con cierta repugnancia. El olor que reinaba en la casa se le antojaba especialmente molesto, aunque no acababa de reconocer a qué podría ser debido. El piso de doña Antonia era pequeño. Apenas tenía un recibidor del que se accedía a la cocina, por una puerta, y al salón, por la otra. De esta habitación se pasaba a otro pequeño rellano en el que desembocaban las dos puertas de los dos dormitorios y otra puerta de un baño.

—Como esto es tan pequeño y hay pocas cosas que limpiar, el rato que estés me tienes que ayudar a cuidarla a ella —le advirtió doña Antonia, con una amplia sonrisa que dejaba al descubierto el vacío de algunos dientes, y señaló con una mano una de las habitaciones.

Elena sonrió con timidez, porque no estaba acostumbrada a que la trataran en un principio con excesiva confianza. El dedo extendido del ama de la casa señalaba una habitación oscura, desde la que sonaba una respiración afanosa que se mezclaba a ratos con cierto gorgoteo. Ella nunca había cuidado enfermos, ni tampoco le gustaba cuidar niños, porque prefería no implicarse sentimentalmente con nadie. Si hubiera podido, hubiera trabajado en una fábrica, a solas con sus pensamientos, solamente ocupada en el ejercicio físico necesario para llevar adelante su labor. Ciento pudor, seguramente nacido por

la educación autoritaria recibida en la infancia, la empujaba a evitar el contacto con la gente. Pero, en fin, ¿qué supondría “cuidarla a ella”?

Viendo sus titubeos, doña Antonia añadió:

–Sólo de vez en cuando. Ya verás que no da mucho trabajo –y bajó un poco la voz–. Hoy está descansando... Es mejor dejarla en paz.

A continuación, doña Antonia le indicó que empezase con una limpieza general de la cocina, cosa que, nada más entrar, Elena juzgó muy necesaria.

La jornada laboral de la chica acababa provisionalmente a la una, pero el día todavía le reservaba muchas horas que colmar. Después de la comida en su casa, cada tarde se le abría como una caja de sorpresas para permitirle cumplir uno de los anhelos que le proporcionaban más satisfacciones en los últimos tiempos de su vida: había vuelto a estudiar. Cuando llegó de Rumanía había conseguido que le convalidasen parte de sus estudios por el título de Educación Secundaria y, después de dudarlo un tiempo y de desecharlo por unos cuantos meses más, había decidido matricularse en Bachillerato.

–Eso se puede hacer en España –le había dicho a su hermana–. Con lo que gano aquí trabajando por la mañana puedo permitirme el lujo de estudiar por la tarde.

Olimpia la miró negando con la cabeza como si viera a un extraño, pero pensó que aún le quedaban cosas más raras que ver en su hermana, ya que siempre había sido una chiquilla fantasiosa y soñadora. Sin embargo, después de verla estudiar durante seis meses y comprobar que había aprobado los exámenes, el asombro se trocó en admiración.

–¡Qué lista eres! ¡Cuando volvamos te habrás hecho una mujer importante!

Los primeros días de clase Elena comprobó que no era la alumna de más edad del grupo ni la única extranjera en el bachillerato vespertino, así que comenzó a sentirse a gusto en el instituto. Aunque el idioma todavía le suponía un problema peliagudo, disfrutaba de verse sentada en los pupitres escolares, le gustaba acariciar los libros de texto y aprender de memoria los pies de foto de las ilustraciones y ponía su máximo interés en tener completos los apuntes y en intentar entender todas las asignaturas. Lo único que realmente le resultaba fácil era el inglés, la materia en que había obtenido la mejor nota entre todos sus compañeros; con las otras tenía que empeñarse al máximo: la filosofía le resultaba interesante, aunque tardó en dominar sus fundamentos, y las matemáticas la obligaban a esforzarse sin descanso.

Pero su gran preocupación era la literatura, con la que tenía una extraña relación de amor y odio. En su vida en Rumanía había estudiado en la escuela autores antiguos como Gheorghe Asachi y Dinicu Golescu, e incluso había leído poesías de Iancu Văcărescu. Había leído las novelas de Mihail Sadoveanu y la poesía de Tudor Arghezi, pero no entendía ni al dadaísta Tristan Tzara ni a Ion Minulescu. Sus temas favoritos eran los que describían la vida de la gente sencilla y muy joven se había enamorado de Marin Preda y su libro *Cel mai iubit dintre pământeni*, la cruel descripción de la sociedad comunista. Y es que para Elena la literatura tenía mucho que ver con la vida. Por eso le gustaba la letra escrita y se empeñaba en comprender los textos que le mostraba el profesor de esa lengua tan extraña que se llamaba “castellano”.

«Lo mismo se dirá en un idioma que en otro», se solía repetir cuando no comprendía bien las explicaciones, y por eso odiaba lo que no entendía y se desesperaba si creía que no había aprehendido el sentido exacto de las

lecturas. Las tardes se le iban luchando a brazo partido con el diccionario en un afán casi suicida por construir un mundo coherente a través de los libros: su máxima satisfacción consistía en conseguir domeñar esos signos escritos que el profesor decía que tenían sentido. Cuando, por fin, había alcanzado la idea, más allá de la cadencia de cada idioma, el suyo o el nuevo, le gustaba susurrar esas sílabas y esos términos, un rato en castellano, un rato en rumano, y el amor ya no se topaba con el odio. En realidad, casi todas las lenguas sirven para decir lo mismo.

II

El día siguiente fue como casi todos los días. Al salir de la Clínica no se encontró con Enrique, aunque en su fuero interno quizás lo estaba esperando. «No sé qué me ha dado ese chico», se repetía, dudando de si en realidad le gustaba o no y preguntándose si se quería enamorar de él o si simplemente necesitaba estar enamorada de alguien. «A mi edad no es tan raro que yo sueñe con tener aventuras; aunque seguramente es él el que no sueña conmigo», concluyó, y después de reírse de sus vanas ilusiones se dirigió a la calle Santa Isabel. La niña seguía enferma y en esta ocasión su madre no salió a la calle, cosa que parecía producirle bastante mal humor.

Andreíta se sentía mimosa.

—Mamá, ¿cómo nacen los niños?

Rosa María miró a su hija con una sonrisa burlona.

—¿Para qué quieres saber esas cosas?

La chiquilla se encogió de hombros mientras acariciaba a su muñeca.

—Las niñas no tienen que preocuparse de los problemas de los mayores —le contestó mirándose al espejo. Se estaba probando la ropa de primavera del año anterior y pensaba que le quedaba más ajustada que antes—. Cuando necesites saberlo, ya te lo diré.

Andreíta quería que su madre le hiciese más caso.

—Cuéntame un cuento.

—Ahora no tengo ganas. Vete a ver la televisión y déjame en paz.

Rosa María se quedó mirando por la ventana. Varias personas pasaban por la acera de debajo de su casa y en el bar de enfrente algunos hombres tomaban café.

Cuando a Elena sólo le faltaban diez minutos para salir, Rosa María la llamó:

—Necesito que hoy limpies bien el sofá con agua y jabón. Voy a tener visitas esta tarde y no quiero que lo vean tal como está.

Elena protestó, pero Rosa María pensaba que tenía derecho a todo:

—¡Para una cosa que te pido! Ya te pagaré la media hora que te quedes hoy de más. ¡No me vas a dejar las cosas a medias!

La asistenta prefirió no discutir, aunque pensó que llegaría tarde a su siguiente trabajo. Un sofá de cuero blanco. Lo mejor era mojarlo con una esponja húmeda y después de enjabonarlo volverlo a aclarar. Mientras lo limpiaba, Rosa María la miraba con acritud y Elena pensó que seguramente tenía pocos amigos. Le sorprendía que una persona con dinero estuviera sin motivo tan amargada... ¿o sería por culpa del caballero con el que hablaba el día anterior? ¿No le irían bien las cosas del corazón? Elena sonrió divirtiéndose al imaginar que a casi todos los seres humanos nos mueven las mismas miserias o las mismas necesidades. Ella, que tenía tan poco que perder, soñaba con un Enrique al que no conocía; Rosa María, la muy afortunada, también se torturaba por la compañía de alguien que no podía tener. ¡Qué ingratas son las ilusiones vacías! Mientras tanto, Rosa María la observaba y no podía adivinar la causa de su mirada jocosa, así que concluyó: «¡Qué gente! ¿Cómo se puede divertir limpiando un sofá? Será por la falta de cultura...»

Cuando Elena terminó en una casa para dirigirse a la otra y por fin llegó a su destino en la calle Afiladores, encontró a doña Antonia de muy buen humor, pero aun así le avisó:

–Llegas media hora tarde. Supongo que te has dado cuenta...

Elena se disculpaba:

–Sí, ya sé. Me quedaré más tiempo. No he podido venir antes...

–El primer día te lo paso, pero el segundo...

–No volverá a ocurrir –prometió.

Doña Antonia estaba haciendo la comida para su madre, que era la enferma que estaba en la cama, así que dispuso que, mientras terminaba de cocinar, limpiase la habitación de la anciana. La madre de doña Antonia no podía hablar. Una hemorragia cerebral hacía unos meses la había dejado hemipléjica del brazo y pierna derechos y le había sumido en un estado de casi permanente sopor.

–Es que toma muchos medicamentos, y la dejan medio lela. ¡Si la hubieses visto hace seis meses! ¡Menudo genio tenía la vieja! –le había aclarado doña Antonia el día anterior.

Después de abrir un poco la ventana y barrer el cuarto, Elena comenzó a ordenar unas estanterías, repletas de recuerdos sucísimos y viejos. La cama sólo se hacía cuando se cambiaban las sábanas, es decir, las menos veces posibles, porque había que levantar a la anciana, que pesaba bastante, y mientras tanto bastaba con estirarlas y recomponer el embozo de la mujer.

–No creas que la cuido poco. Muchas veces la cambio de postura para que no se escare. Si un día mejora –añadía doña Antonia con gesto dudoso– la

levantaré y la pondré en el sofá. Mientras tanto, está mejor en la cama durmiendo.

Doña Antonia trajo la comida de su madre, que era un puré bastante espeso y comenzó a darle en la boca mientras le decía bastantes impertinencias.

—Come, ¿o es que no tienes hambre? ¿Para qué me molesto en hacerte la comida? ¿Qué te crees, que me gusta tenerte aquí como un estafermo? Para eso mejor que te murieras.

Trocando los improperios por una sonrisa hipócrita, se volvió hacia Elena con un guiño.

—No pasa nada. No entiende. Se le puede decir cualquier cosa, porque le da igual. Como un niño recién nacido... comer, dormir, dormir, comer... —rió con estrépito— Cambiarle el pañal... ¡Igual que un niño! ¡Si se viera a sí misma! ¡Con lo que ella era! ¡Doña Perfecta!

Elena callaba y seguía limpiando. Prefería evitar juzgar a nadie. Para qué complicarse la vida...

Poco antes de acabar llegaron dos visitas a la casa, que doña Antonia recibió con grandes aspavientos de alegría y a las que llamaba *El Rubio* y Puri. Eran los vecinos del piso de arriba, pero doña Antonia se comportaba como si no los hubiese visto en mucho tiempo. *El Rubio* era un hombre de unos treinta y tantos años, bastante bien parecido, aunque de mirada insustancial. Vestía un pantalón vaquero y una camiseta azul y decía venir del trabajo, que, según explicó, consistía en colocar andamios de gran altura. *El Rubio* hablaba poco y sonreía con frecuencia, con un gesto entre ausente y distraído. Los ojos los tenía azules, pero turbios. Puri era una mujer muy estrañafalaria. Era bastante

mayor que *El Rubio*, aunque era su pareja, y vestía un pantalón ajustado de flores y una camiseta amplia. Era muy simpática y habladora y llevaba unas gafas de gran graduación. Entre los dos traían unas bolsas con el nombre de un supermercado y de allí sacaron unos langostinos cocidos y una botella de vino blanco. Según dijeron, estaban celebrando la solución de algún problemilla pendiente con la Justicia que les había tenido lejos de casa durante un tiempo, pero que finalmente se había resuelto bien.

Doña Antonia reía y colmaba de halagos a la pareja, aunque Elena los observaba en silencio con cierta prevención. En un momento determinado, aprovechando que Puri había salido al baño, la dueña de la casa se dirigió a Elena para preguntarle en voz alta:

—¿A que es guapo *El Rubio*? ¿No te gusta como novio para ti?

Doña Antonia rió groseramente mientras *El Rubio* seguía en silencio, pero Elena permaneció seria ante la broma de mal gusto.

—Aunque anda con Puri desde hace mucho tiempo, no se han casado. Si se casa contigo, te dan los papeles...

—Yo ya los tengo —respondió Elena con disgusto, al tiempo que Puri se acercaba.

La recién llegada, que no había oído la conversación y que parecía un poco achispada, se abrazó al *Rubio*.

—Aquí estoy yo para cuidarte y que no te pase nunca nada... —y añadía con los ojos llenos de lágrimas— de cualquier sitio te sacaré... hasta del infierno...

El Rubio se dejaba querer y sonreía como ausente, mientras ella lo estrujaba. Cuando Elena salió, una vez terminado su trabajo, las dos mujeres

quedaron sentadas en el sofá bebiendo vino, al tiempo que *El Rubio*, sin mediar palabra, entraba subrepticiamente en la habitación de la anciana.

Si las mañanas transcurrían lentamente para Elena, entre un trabajo y el siguiente, las tardes, sin embargo, volaban. Incluso la tarde del viernes, que algunos compañeros preferían utilizar como fiesta anticipada o como ocasión para hacer algunas compras, a ella le parecían un espacio ideal para perderse en la niebla de las explicaciones de sus profesores a lo largo de textos confusos.

El profesor de Lengua Castellana y Literatura se llamaba Jorge Fernández y el primer día de clase les había dicho que tenía nombre de cantante de “corridos mexicanos”, cosa que ella no entendió. A sus treinta y pocos años unía a su timidez el despiste que le confería una miopía de unas cuantas dioptrías y la falta de confianza en sí mismo por creer que pesaba unos kilos de más. De hecho, siempre había sido vergonzoso. Elena se lo imaginaba con veinticinco años menos como un niño gordito, pegado a sus gafas y con un libro tremendo en la mano. Sin embargo, como ella detestaba a los hombres agresivos del tipo de los que buscan su afirmación personal en sentirse un poco por encima de los demás, Jorge Fernández le parecía una persona entrañable y en cierto aspecto atractiva. Cuando lo oía extasiarse en la lectura de esos poemas antiguos tan difíciles de comprender y alzar las manos en una explicación etérea y desconocida pensaba que seguramente era capaz de ilusionar y quizás enloquecer a más de una mujer. Sin embargo, el profesor de Lengua y Literatura ni siquiera estaba casado y tampoco se le conocía ninguna aventura. De esas cosas los alumnos suelen saber casi todo con respecto a sus profesores.

A Elena le gustaba preguntarle las dudas, y si al principio era ella la que se sentía tremadamente azorada por no entender lo que se supone que era meridianamente claro, en cuanto vio que su profesor enrojecía intentando explicar los términos que por sí mismos tenían tan pocos sinónimos, a veces se divertía insistiendo en dilucidar hasta el máximo cualquier parte de la lección.

—Las palabras... —se impacientaba el profesor cuando no conseguía su cometido— Las palabras no están todas en el diccionario... ¡A veces sólo se pueden entender con el corazón!

Y Elena pensaba en esa parte tan delicada del alma. ¿Qué palabras tendría Jorge Fernández en el corazón? Seguro que, aunque le gustaba recitar las poesías del libro de texto, era incapaz de leer las que tenía escritas en su propio interior. Hay que ser valiente para enfrentarse a uno mismo... y el profesor de poesía parecía el líder del clan de los tímidos. Pero Elena tampoco era tan decidida. Además, ni ella misma sabía qué tenía dentro del corazón. Oía las palabras, perseguía su sonido y, con tenacidad espartana, rastreaba las cadenas que las entretijan para entenderlas y, en el fondo, para sentirlas.

Antes de sentir del todo, quizás antes de vivir del todo, pensaba que primero tenía que aprender. Por eso estaba allí.

III

El sábado y el domingo transcurren con pereza en una pequeña ciudad provinciana. El cine de la tarde del sábado y los paseos del domingo hacen suponer a la gente que disfruta de bastante libertad. Por eso Elena dejaba pasar las horas con deleite. No madrugar, tener tiempo para no hacer nada, y suponer que era feliz le parecían cosas suficientes para prepararse a encarar el lunes con energía y con buen humor. Desde que llegó de Rumanía, todavía vivía con su hermana, casada con un compatriota que trabajaba en la construcción, y con sus dos hijos pequeños. Olimpia no la apresuraba para buscarse un alojamiento independiente, pero Elena suponía que lo tendría que hacer tarde o temprano.

—Así me ayudas un poco con los niños —le decía su hermana para no dejarla marchar, aunque la chica sabía que era una excusa para que no se alejase demasiado.

—¿No será que aún piensas que no sé cuidarme a mí misma? —le solía responder, y añadía con ironía—: Cuando me haga mayor me busco un apartamento...

—O, mejor, te casas.

—¡Ya estamos! ¡Los hermanos mayores sois peores que los padres! —le achacaba Elena riendo. Pero no se iba.

Stephan, las hermanas Cijevschi y los dos niños vivían de alquiler en un barrio de las afueras. Aunque esto obligaba a los mayores a depender del autobús, Elena le veía más ventajas que inconvenientes:

—Es más tranquilo... y más barato.

En realidad, le gustaba sentirse alejada del ruido. Le gustaban las calles tranquilas y las casas sencillas, le gustaba salir de su casa y no sentirse empujada por gente con prisas. Pero, sobre todo, le gustaba mirar desde la ventana de su habitación y ver, allá al fondo, al final de la calle y por encima del edificio de enfrente, esa franja marrón y verde que supone el límite entre la ciudad y el campo, el límite entre el cemento y los árboles, el límite entre lo artificial y la vida.

Tan ensimismada estaba el domingo mirando los confines de su paraíso particular que, cuando volvió a ver la misma silueta por tercera vez bajo su ventana, por fin se sobresaltó. La figura erguida de un hombre sobre una moto recorría la calle en las dos direcciones. La visera del casco, como una gran escafandra, velaba la cara del conductor, y su figura se desdibujaba también bajo la cazadora negra de cuero, pero Elena quiso creer que era Enrique. «Quique», pensó en su fuero interno. Instintivamente se alejó de la ventana, mientras notaba un sentimiento confuso de excitación y, a la vez, de desasosiego. ¿Habría venido por verla a ella o sería un paseo casual? Elena se sintió absurda haciéndose la ilusión de que un chico al que apenas conocía se interesase por ella, pero le sorprendía que diera tantas vueltas por el mismo sitio. «Quizás va en busca de lugares tranquilos para pasear sin correr riesgos con la moto», se obligó a pensar, aunque el corazón le quería decir que era a ella a quien el motorista misterioso buscaba.

Aun así no se lo quiso decir a su hermana. Se guardó ese pequeño secreto como la travesura de quien no espera casi ninguna ilusión en la vida,

como la burla ingenua de quien sólo rechaza lo que seguramente no puede alcanzar.

IV

Elena se sorprendió a sí misma mirando al despertador a las cinco de la mañana. «¿Cuánto falta para que comience para mí el día?», se preguntaba y, como sabía que esperaba que ese nuevo lunes le trajese alguna sorpresa agradable, decidió tratarse a sí misma con indulgencia. «Todos los seres humanos son un poco bobos. Yo también», concluyó mientras se levantaba para hacerse el desayuno.

Sin embargo, pasaban las horas y el mundo seguía girando en una sola dirección: siempre alrededor de sí mismo. En la Clínica Dental realizó los mismos trabajos que cualquier otro día del año (aspirar, abrillantar, fregar...) totalmente ajena a los que más tarde iban a hollar esas mismas habitaciones. A veces se preguntaba por la vida de los otros, aquellas personas desconocidas que se iban a sentar en la butaca que había limpiado, y que por 50 euros iban a abrir la boca para mitigar un dolor. Los imaginaba recibiendo la anestesia y aguantando las incursiones del doctor sobre sus muelas y sus encías con la seguridad de que iban a alterar el paso destructivo del tiempo sobre sus vidas. Luego saldrían y se irían, un poco doloridos, a poblar su existencia de ilusiones, de trabajos, de recuerdos, de lazos con las vidas de otros. Elena los imaginaba vivir y se sentía un poco lejos de todos. «Yo estoy aquí para que ellos puedan pasear el tiempo que les ha sido dado sobre estas baldosas sin saber siquiera que existo», pensaba, y estas ideas por una parte le producían cierto sentimiento de soledad, pero, por otra, le hacían sentir que su vida era ordenada y serena.

Bajó la escalera sin querer acordarse de Enrique y, para no atreverse a tentar a la suerte, no quiso esperarlo en el portal fumando un cigarro que, seguramente, le hubiera quemado en el alma.

—¿Por qué has sido tan engreída? ¿Por qué crees que alguien te tiene que buscar? —se dijo con rabia al ver el rellano de la entrada vacío, como si maltratarse a sí misma la liberase de haber padecido esa pequeñísima debilidad.

En la casa de la calle Santa Isabel las cosas seguían como siempre. Cuando llegó, Rosa María salía con Andreíta para llevarla a sus clases de Educación Infantil y le indicó las labores con que tenía que comenzar la jornada. A las diez y media, poco después de la vuelta de Rosa María y acabadas sus obligaciones, salió de nuevo a la calle. Miró su reloj y vio que aún tenía tiempo, así que quedó paseando por la acera fumando el maldito cigarro que cada vez le parecía más desolador. Casi sin reparar conscientemente en él, vio un joven llamando a la puerta que ella acababa de cruzar

—Soy Tomás —le oyó decir al portero automático mientras entraba.

Llevaba una gabardina gris perla bastante elegante y era alto y delgado. Elena, en seguida, reconoció al hombre que había tomado a Rosa María del brazo otro día en la calle, pero volvió a negarse a juzgarla. («¿Qué sé yo de su vida? ¿Qué sé yo de su felicidad o de sus fracasos?»).

En casa de doña Antonia las cosas tampoco fueron mejor. Por un misterio inescrutable allí siempre estaba todo sucio. Así como en la Clínica, o en casa de Rosa María, Elena era capaz de distinguir el efecto de su trabajo, en casa de doña Antonia esto era imposible. Lo que un día limpiaba al día

siguiente seguía igual. Le parecía mentira que nadie pudiera manchar tanto y hasta a ratos pensaba si se debería a un maleficio. La casa era vieja y eso empeoraba el estado de las paredes, que al parecer dejaban siempre escapar un polvillo menudo; las baldosas del suelo no podían brillar, y el resto de los objetos que siempre había diseminados por doquier parecían encantados, ya que ella no conseguía desprenderles la mugre que constantemente los acompañaba.

Elena acabó por adoptar una solución filosófica. «Yo limpio, me pagan. No entiendo más».

Ese día doña Antonia no tenía buen aspecto. Mientras Elena limpiaba, ella permaneció sentada en el sillón de la sala, viendo la televisión. La asistenta quiso resultar agradable:

—¿Hoy no tiene que hacer la comida de la madre?

Pero doña Antonia le respondió con un gruñido y con un gesto la hizo callar. Las visitas de la semana pasada (Puri y *El Rubio*) tampoco aparecieron, aunque Elena descubrió en el respaldo de una silla el pantalón floreado que llevaba la mujer. Debajo del sofá también aparecieron unos restos de las pieles queratinosas de los langostinos. Al poco rato, doña Antonia le encargó:

—Lleva un vaso de agua a la vieja.

Elena fue a la cocina para cumplir el encargo, colocó un vaso de agua sobre una bandeja y se dirigió al dormitorio de la anciana. Abrió la puerta con cierta precaución y se asomó levemente. La habitación estaba sumida en la más profunda oscuridad y un olor nauseabundo le hizo echarse hacia atrás. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad se acercó lentamente hasta donde supuso que estaba la cama y se inclinó para encontrar la visión de la

enferma. Dos enormes ojos abiertos la sobresaltaron, de forma que casi se le cayó la bandeja al suelo.

—Perdón —dijo muerta de miedo—. Si está despierta, voy a abrir la ventana para que entre la luz y atenderla mejor.

Mientras con una de sus manos descorría las cortinas y buscaba las contraventanas, oyó la voz de doña Antonia, que la imprecaba a voz en grito como si estuviese borracha:

—Doña Úrsula tiene sed. Date prisa. ¡Hay que darle inmediatamente un vaso de agua a doña Úrsula!

La anciana, con su corona de pelo blanco y desgreñado sobre la almohada, produjo a Elena la misma sensación de lástima que de repulsión. El olor a orines se mezclaba con el del aire rancio que salía de su boca, y su respiración se oía entrecortada y afanosa. Violentando sus deseos de huir, Elena se aproximó de nuevo a la cama y con gran cuidado alzó un poco la cabeza de la enferma para acercarle el vaso a los labios. Inesperadamente, con un gesto brusco que la chica no pudo prever, la mano izquierda de la anciana dio un soberbio manotazo sobre el cristal, que cayó al suelo con estrépito y se rompió en añicos.

Doña Antonia, que oyó el estropicio desde su sillón, rió groseramente.

—¿Qué? ¿Te lo ha tirado? Será que ya no quiere.

Elena salió de la habitación azoradísima dispuesta a recoger los cristales, pero doña Antonia se lo impidió.

—Déjalo. Ahora no quiere que la molesten. Luego lo haré yo. Ya ves qué genio gasta la maldita vieja.

Cuando Elena acabó su jornada se fue desolada. La impresión que le había producido su somero contacto con la anciana le había dejado un profundo pesar sobre el corazón. ¿Cómo podía vivir nadie en esas condiciones inhumanas? ¿Cómo podía su hija permitirlo? Pero doña Antonia no parecía una mujer de mal corazón, quizás sólo fuera excesivamente ligera a la hora de hablar. Sin embargo, el estado en que tenía a su madre le parecía inapropiado: no había ninguna higiene en la habitación, seguramente apenas la levantaba de la cama, no parecía que la lavase con frecuencia, acaso ni siquiera le daría bien de comer. Por otra parte, la suposición de que una persona maltratase a su madre voluntariamente la espantaba tanto que apenas lo hubiera podido concebir.

Ella misma había odiado a su padre. Lo había odiado cuando la castigaba sin motivo, cuando le había levantado la mano a ella, a sus hermanos... e incluso a su madre. Pero hubiera sido incapaz de buscarle ningún daño. Sus hermanos, simplemente, habían huido, como ella. Todos habían elegido no ver, no pensar, no devolver mal por mal. Por eso suponía que ningún hijo era capaz de esa infamia. Doña Antonia seguramente tampoco lo era, no lo podía ser... Quizás simplemente era un poco descuidada, y atendía a su madre tan bien o tan mal como se atendía a sí misma.

Las clases de la tarde se dieron la mano con los pequeños problemas de la mañana para que el día resultase más deprimente de lo necesario. Hasta Jorge Fernández, que solía escudarse en la ironía para disimular su mal humor, parecía más atribulado de lo habitual.

—Hoy vamos a hablar de un tema muy serio: leeremos las coplas que escribió en el siglo XV un Jorge mucho más pesimista que yo, Jorge Manrique.

El profesor les contó que Jorque Manrique era sobrino del escritor Gómez Manrique y que su obra cumbre era una elegía compuesta por cuarenta estrofas de pie quebrado titulada *Coplas a la muerte de su padre*.

—En ellas habla en primer lugar de la muerte en general, después habla de los muertos famosos y por fin, en la última parte, exalta la figura de su padre, don Rodrigo Manrique, que dialoga con la muerte, encomienda su alma a Dios y, por fin, muere.

Los compañeros de Elena, muchos de ellos bastante jóvenes, no estaban interesados por el tema e incluso les parecía aburrida una historia donde la muerte no se adornase de visiones horrorosas y espantos, como en las películas que solían ver, por lo que el profesor abordaba el tema desde la postura filosófica de quien supone que no va a conseguir interesar totalmente al auditorio, pero a pesar de todo va a cumplir con su misión. Elena escuchaba gravemente: había reflexionado mucho sobre ese asunto tras la muerte de su madre y pensaba que, ante todo, era imprescindible abordar con respeto una cuestión que podía ser tan dolorosa. Todos los pueblos del mundo han recordado a sus muertos y la forma de consolarse ante la ausencia ajena o ante el terror a la propia desaparición era una forma de sabiduría que se le aparecía terriblemente consoladora. Por eso escuchaba con el corazón angustiado y el oído atento, mientras Jorge Fernández desgranaba unas rimas que ya sabía de memoria:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir;
allí van los señoríos
derechos a se acabar
y consumir;*

*allí, los ríos caudales,
allí, los otros, medianos,
y más chicos;
allegados, son iguales,
los que viven por sus manos
y los ricos...*

Las palabras del poeta sorprendieron a Elena, que recordaba su llanto y su pena de niña en un momento de su vida en que no había podido deducir que su dolor se extendía a todos los seres humanos, en el mundo entero y en todas las épocas. Jorge Manrique supo sublimar su dolor vertiéndolo en unos versos serenos que invitaban a meditar... Y así imaginó que quizás el profesor, que leía con gran sentimiento, también tenía alguna pena que hubiera causado la mano huesuda de la fría dama que describía el autor. Movida más por la curiosidad que por la duda sobre el significado de los versos, Elena se acercó a él al final de la clase para completar el sentido de un poema que ya comprendía demasiado bien.

–El río de la vida... que acaba en el mar de la muerte... Turbulencias que se acaban despeñando en una calma fría... –reflexionó ella mirándole a los ojos, y acabó preguntando– ¿Le consolaría a Jorge Manrique creer que él también acabaría en ese mismo mar? ¿No es un alivio ver allí la paz del descanso?

Jorge la miraba como a través de la niebla, pero no quiso teñir de dramatismo una enseñanza que en el fondo siempre debía ser alegre.

–Las chicas de poco más de veinte años no tenéis que pensar en esas cosas. Sólo cuando yo las pregunto en el examen. Mientras tanto, no importa más que el ritmo de la poesía, no su verdad –y volvió a recitar con voz suave y profunda:

*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...*

Elena, que ya sabía esa pena desde hacía tanto tiempo, le respondió procurando imitar la musicalidad del poema español:

—*Nuestras vidas son los ríos... Viata noastră sunt râurile ce dau în mare,*
ce este moartea... —y añadió finalmente—. ¡Ya lo comprendo!

V

El último martes de marzo le pareció a Elena desolador. Como siempre, era de noche cuando se levantó y pensó que un frío inusitado le envolvía el alma. Después de desayunar y de arreglarse tuvo que hacer acopio de todo su buen ánimo para encarar con determinación las calles vacías hasta la parada del autobús, no dejarse amedrentar por las luces mortecinas de la ciudad y afrontar el rigor del invierno.

Con el gesto mecánico de quien tiene medido el esfuerzo de cada día bajó del autobús, se dirigió al portal de la Clínica y cuando llegó hasta la consulta encendió todas las luces. Si hubiera podido, habría puesto una música estridente que le impidiera pensar y sentir. A partir de ese momento intentó ahogar en el trabajo todas las malas impresiones del día anterior.

A las ocho menos cuarto, cuando ya estaba terminando de abrillantar el suelo, notó que sonaba la cerradura de la puerta. Elena ahogó su sobresalto con la mano en la boca hasta que vio la cabeza despeinada de Enrique, quien se introdujo de un brinco en la estancia y cerró la puerta.

—Enrique... digo... Quique ¡qué susto me has dado!

Después de la primera impresión, se sintió ridícula porque casi había gritado y porque Enrique la había sorprendido en su trabajo de limpiadora. Se vio a sí misma sudorosa y despeinada y pensó que debía tener el aspecto menos atrayente del mundo. Se quitó la bata con la que limpiaba y, con gesto mecánico, se arregló el pelo. Enrique no fue ajeno a estos movimientos:

—Elena sin hache se asusta por nada. No sabía que yo te daba tanto miedo. ¿Tan feo me ves?

—No es eso. Es que nunca viene nadie mientras estoy aquí...

—O sea, que si no me ves feo, es que me ves guapo... ¿Por eso te quitas la ropa?

Elena rió con rubor:

—No. Me quito la bata porque ya he terminado y me marcho.

—Espera. No tendrás tanta prisa. Te invito a un cigarro.

—Aquí no. No quiero que la consulta huela a humo.

Enrique hizo un gesto de prestidigitador y abrió la puerta que daba paso a la habitación donde se vestían los auxiliares de la Clínica. Era una salita pequeña con un pequeño armario, unas estanterías repletas de libros, un amplio sillón y una mesa baja. Elena entró y abrió un poco la ventana.

—Es mejor así, para que no queden pruebas...

—A mí tampoco me gusta dejar pruebas —rió Enrique—. Pero no me tengas tanto miedo. Siéntate un poquito conmigo. Sólo es cuestión de cortesía... parece que yo fuera un ogro...

Enrique sacó dos cigarrillos, se los puso a la vez en la boca y los encendió. Alargó uno de ellos a la chica, que permanecía en pie.

Elena se sentía un poco confusa. Por una parte había deseado volver a ver a Enrique e incluso había fantaseado con ese momento; pero, por otra, su decisión y sus modos le parecían excesivamente agresivos para haberse conocido tan recientemente. Cuando lo miraba quería ver al hombre atractivo que tenía en su imaginación; sin embargo, el brillo oscuro de sus ojos y el rictus extraño de la boca le resultaban desagradables. Se preguntaba si era el

motorista que rondó su casa el domingo, aunque no se iba a atrever a preguntárselo. Si lo era, no podía imaginar cómo habría podido conseguir su dirección: quizás estuviera apuntada en algún lugar de los ficheros y archivos de la Clínica, o acaso él la había seguido algún día desde que saliera del trabajo. Pero no... ¡eso era imposible! Mientras lo miraba intentando suponer cómo serían sus facciones cuando quedasen ocultas por el casco, Enrique se sintió observado y confundió sus intenciones:

—Ahora ya me miras de otro modo, ¿no? Me doy cuenta de que te gusta más la intimidad... ¡Haberlo dicho antes! No te preocupes, aquí no entra nadie.

Elena, que estaba comenzando a sentarse a su lado, dio un respingo y procuró que quedase entre ellos un hueco vacío.

—Me parece que te equivocas...

Enrique advirtió que, de nuevo, la chica se asustaba y abrió los brazos, magnánimo:

—Mira, no pasa nada... Parece que no entiendes mi sentido del humor...

Elena, por fin, se volvió a sentar a su lado con bastante compostura y le advirtió:

—Tengo poco tiempo antes de salir.

Él la miraba de reojo.

—¿Siempre tienes tanta prisa? ¿A qué hora llegas por la mañana?

—Todos los días vengo de seis a ocho —y añadió intentando resultar desenvueleta— ¡No veas qué sueño tengo por la mañana!

Él siguió con su estilo grosero:

—Duermes poco y además... ¿tú solita? ¿O tienes por ahí algún amigo que te alegre la cama?

Elena abrió desmesuradamente los ojos:

—¡Oh, no! Aquí todavía conozco a muy poca gente y no he tenido ocasión...

Mientras ella hablaba, él, imperceptiblemente, se había ido acercando a su lado, de modo que, sin procurarlo, ella dejó caer la mano sobre su pierna. Instantáneamente, Enrique también puso su mano sobre la pierna de ella, que, sobresaltada, se la retiró.

Enrique la miró con violencia y se inclinó para intentar sujetarla por los hombros.

—¿Qué pasa? ¿Quieres jugar conmigo? ¿Eres una de esas a las que les gusta hacerse de rogar? —pero al ver el terror en sus ojos la soltó.

Se puso en pie e intentó calmarse. Mientras, Elena se apresuró a levantarse para alcanzar la puerta. Enrique se interpuso.

—No te vayas tan pronto. No seas tonta. Era otra broma.

Elena consiguió escurrirse por la puerta y llegó hasta el hall, donde tenía su abrigo y su bolso. Enrique la siguió, hablando atropelladamente.

—Te equivocas conmigo. No me dejes así. No seas tan desconfiada. Todas las extranjeras pensáis que los de aquí tenemos malas intenciones. Igual has sido tú la que me has dado pie porque no entiendes bien el idioma. Que si duermes sola... que si no has tenido ocasión...

Elena dudó. ¿Podía haberle dicho a ese chico algo inconveniente que le hiciera comportarse de ese modo? Se recordó a sí misma componiéndose el pelo y quitándose apresuradamente la bata. Además, ¿no había deseado vehementemente verle y, en el fondo de su corazón, no se había alegrado

cuando apareció? La chica suspiró y le miró a la cara. Parecía, efectivamente, bastante abatido.

—Yo no quiero reñir contigo. Pero ahora me voy. Tengo trabajo.

Enrique permanecía cabizbajo. A través de la puerta abierta se veía en la salita pequeña el cenicero con dos cigarros consumidos en el fondo. Elena cogió un trozo de papel, hizo un cucuricho y metió allí las colillas. Quiso hacer una última broma antes de salir y con un esfuerzo procuró mostrarse conciliadora:

—Hemos acordado que no iban a quedar pruebas...

Cuando salía definitivamente, Enrique ensayó un gesto cómico de despedida y juntando las manos hizo amago de arrodillarse:

—¿Ni siquiera me das un besito de despedida? ¡Después de que siempre te invito a tus vicios!

A Elena aquello le pareció más o menos cómico y le sonrió. Prefirió seguir adelante con la broma para no disgustarle.

—Un beso mío, ¿sólo vale dos cigarrillos?

—Los que tú quieras, mi reina —declamó Enrique con sorna mientras le enseñaba la cajetilla completa.

Elena, por fin, salió riendo, aún más confusa que antes. Nunca había conocido a un chico tan extraño como Enrique. Tan pronto parecía serio y reflexivo como quedaba descontrolado a merced de unos arrebatos desenfrenados. Ella estaba acostumbrada a ejercer un absoluto dominio sobre sus actos y no comprendía ese dejarse llevar sin límites que parecía dominar al muchacho. Sin embargo, ella era sólo una limpiadora por horas que se estaba acostumbrando desde hacía tres años a la sociedad de la opulencia española,

mientras que él tenía sus estudios y su contrato estable en la Clínica. Si no fuera de fiar no le hubieran elegido para el trabajo cualificado que allí ejercía. A lo mejor Enrique («Quique», pronunció en voz baja) sólo necesitaba la guía de alguien que tuviera claro cómo había que comportarse en cada momento. Quizás sólo fuera un niño acostumbrado a coger el caramelo que estaba deseando sin temor a no haberlo merecido o a no haber esperado suficiente para que se lo entregasen. A lo mejor Enrique no era malo y, simplemente, lo único que le faltaba era un poco más de educación...

Mientras hacía estas y otras reflexiones similares, Elena había tomado el autobús y había llegado, como de costumbre, a la casa de Rosa María. Igual que la mayoría de los días, en cuanto ella entró, la señora salió para llevar a la niña al colegio y no volvió hasta la hora de marcharse, así que Elena pudo quedarse a sus anchas con sus pensamientos. Cuando terminó su trabajo se sentía, por fin, de bastante buen humor. «No merece la pena tomarse la vida tan a la tremenda», concluyó, a la vez que se dirigía a la calle Afiladores.

Cuando llegó a casa de doña Antonia, un cambio inesperado le hizo variar de opinión acerca de su empleadora. Elena advirtió con asombro que la mayor parte de ropas y objetos que solían estar dispersos por todas las habitaciones habían sido recogidos y ordenados; las persianas estaban subidas y las cortinas descorridas, por lo que el piso resultaba mucho más luminoso; las ventanas habían sido abiertas y todas las estancias quedaban ventiladas; sin embargo, la calefacción también permanecía encendida, y esto dotaba de una temperatura agradable a toda la casa. La habitación de la anciana también había sufrido una transformación: el olor a rancio había disminuido notablemente, las sábanas estaban recién planchadas y la señora

parecía mucho más aseada. De hecho, tenía los ojos cerrados, su respiración era tranquila y sosegada, y con una sonrisa naciente semejaba agradecer los cuidados que recientemente había recibido. Doña Antonia, que estaba peinando a su madre, advirtió a Elena:

—Limpia tú la cocina, que yo no he tenido tiempo.

La chica miró a doña Antonia, que alisaba el cabello blanco de la anciana canturreando una canción por lo bajo, y aquella imagen la emocionó. El presente de su vida vino a tropezar con el recuerdo de su madre muerta y el de su padre, que ahora seguramente viviría en soledad, y decidió que las cosas no siempre tenían que ir mal entre los seres humanos. Había personas que eran capaces de ayudarse las unas a las otras desinteresadamente. Doña Antonia, por ejemplo, estaba dedicando todos sus días a acompañar los últimos tiempos de una anciana inválida que necesitaba unos cuidados permanentes y ese hecho le pareció muy hermoso. «¡Qué injusta he sido con ella», pensó. Recordando el día anterior, supuso que todo el mundo tiene altibajos y que la pobre mujer, por efecto de la rutina, quizás se había descuidado un poco respecto a su madre. Sin embargo, cada día nuevo nos puede traer la vitalidad necesaria con que colmar las necesidades ajenas.

Mientras Elena lavaba los cacharros de la cocina y emprendía una limpieza de armarios y paredes, doña Antonia se vistió con una falda y un jersey negros y nuevos. Se peinó con esmero y se sentó pensativa en el sofá. Al poco se levantó y se dirigió a la habitación de la anciana. Cuando volvió a salir, dijo con satisfacción mirando al reloj:

—Ya sólo queda esperar al doctor. Dijo que vendría a partir de las doce — y sonrió.

La paz que reinaba en la casa duró muy pocos minutos. Inexplicablemente, ya que hasta entonces Elena nunca había oído quejarse a la anciana, comenzaron a oírse unos gemidos inarticulados que provenían de su habitación. Elena, alarmada, hizo ademán de entrar a atenderla, pero doña Antonia se lo impidió:

—Yo soy quien la cuida. Tú vete a fregar.

Sin embargo, no se levantó para acercarse.

Elena presenciaba este cambio de actitud con desconcierto, pero no se atrevía a intervenir contra la voluntad de doña Antonia. Una de las veces que pasó por delante de la habitación vio que doña Úrsula se retorcía sobre la cama y que daba patadas y manotazos crispados con la pierna y brazo izquierdos, que no sufrían los efectos de la enfermedad. Elena cada vez se sentía más angustiada, pero no sabía qué determinación tomar. «*Viata noastră sunt râurile ce dau în mare, ce este moartea...*», recitaba como una letanía, pensando conjurar de algún modo la tragedia que estaba padeciendo la anciana; hasta que después de un rato llamaron a la puerta.

—Ve tú a abrir —le ordenó doña Antonia, mientras ella se dirigía, por fin, al dormitorio de la madre.

Un hombre de aspecto cansado con un maletín en la mano apareció al otro lado de la puerta. Era el doctor que solía atender a la enferma.

—¿Qué tal está hoy doña Úrsula? —dijo afablemente mientras entraba y se dirigía a la habitación de la vieja.

—Ya ve, doctor, como siempre. La pobre... ¡sufre tanto! —terció doña Antonia haciendo pucheros, y Elena observó que le sujetaba amorosamente los miembros simulando impedir que se lastimara a sí misma—. Cuando le dan los

dolores, no sabe lo que hace. La pobre cilla, ni siquiera puede hablar para decir qué tiene.

El doctor, después de dejar el maletín sobre una silla, hizo salir a doña Antonia y cerró la puerta. La mujer se limpió groseramente las lágrimas y esperó tranquilamente sentada en el sofá. A medida que pasaba el tiempo los gemidos de la anciana fueron disminuyendo y el revuelo de la habitación se trocó por la paz. Pasados diez minutos, el doctor salió.

—Le he dado un tranquilizante. No me explico este estado y estas convulsiones.

—Ay, doctor, eso es el padrenuestro de todos los días. En cuanto se le acaban los tranquilizantes, se pone tal como la ha visto —comenzó de nuevo con los llantos— ¡Y no vea qué noches pasamos las dos! ¡Me parte el alma!

El doctor se pasó la mano por la calva, se limpió las lentes con un pañuelo que sacó del bolsillo y buscó un recetario entre los bártulos de la maleta.

—Déjeme un momento la cartilla.

Mientras rellenaba unas cuantas recetas reconvenía suavemente a doña Antonia:

—Usted, de todas formas, procure no excederse con la medicación. Su madre no necesita tan grandes cantidades. Sólo se lo tiene que dar cada ocho horas. Con que vea que se va calmado progresivamente es suficiente. Hay que tener más valor...

Doña Antonia suspiraba y, a ratos, sonreía.

—Si usted la viera todo el día, me entendería mejor. Pero, en fin, que sea lo que Dios quiera... Hay que resignarse a padecer...

Cuando el médico salió, doña Antonia reía entre dientes. Elena la miró y reconoció su cara redonda y su boca altanera, que contrastaba con el chispear de unos ojos expresivos. La anciana, en su lecho, de nuevo reposaba tranquila. La chica pensó que a pesar de la diferencia de edad, ambas se parecían bastante y Doña Antonia, extrañamente, acabó por adivinar sus pensamientos.

—¿Qué miras? ¿Nos estás comparando? Sí, el parecido es notable. Cuando ella era más joven... cuando tenía mi edad... —insistió con un guiño de complicidad antes de estallar en carcajadas— ¡ella tampoco era buena!

Sonó atronadora la risa de doña Antonia, mientras Elena se obligaba a no pensar. «Yo limpio, me pagan. No entiendo más». Al poco rato, cumplido su horario, salió hacia su casa. Iba decidida a olvidar todos los sucesos del día una vez que hubiera cerrado la última puerta. «Sólo quiero ser responsable de mi propia vida», pensaba. No merecía cargar con los demonios ajenos.

El resto del día se le fue sin querer darse cuenta. Después de comer, no le quedó más remedio que llegar tarde al instituto porque tuvo que atender a sus sobrinos: fue a buscarlos a la salida de la escuela, les preparó la merienda y les observó mientras jugaban. Esa sí era parte de su vida, o por lo menos de la vida que quería tener. Cuando regresó Olimpia a hacerse cargo de los niños, Elena aún tuvo tiempo de llegar a clase de Literatura.

Jorge Fernández, que parecía vivir a la sombra de la lección de cada día, se mostraba risueño y soñador. Cuando Elena llegó, él ya había comenzado las explicaciones, pero aun así, después de que ella se disculpase por el retraso, tuvo la deferencia de hacerle un pequeño resumen de la lección.

—Estábamos en que Garcilaso de la Vega es el prototipo del cortesano renacentista español. Fue un hombre de armas y de letras; es decir, fue soldado, pero a la vez —dijo con una inflexión sugerente en la voz— fue poeta.

Elena lo miró y pensó que el profesor, tal y como había pronunciado esa palabra, seguramente también era poeta. Ahora bien, concluyó con ironía, soldado jamás hubiera podido ser, de tan sensible como parecía.

—El soneto que vamos a leer recibe la influencia de la poesía petrarquista italiana y describe la belleza de una mujer comparándola con ciertos elementos de la naturaleza —y añadió señalando a una de las alumnas—. Por favor, Teresa Galiana, léanoslo a todos.

Teresa, que era una moza rubia y blanca, comenzó la lectura con voz melodiosa, mientras algunos chicos de la clase, entre los que había algún repetidor, bromeaban por lo bajo:

*En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
con clara luz la tempestad serena...*

Como la chica era inteligente y atrevida envió una mirada jocosa a su alrededor antes de seguir:

*...en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena...*

Las carcajadas de los graciosos interrumpieron en parte la lectura mientras la alumna proseguía triunfal:

*...coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.*

A pesar de que los asistentes no eran ya tan niños, o precisamente por eso, se armó bastante revuelo antes de haber acabado el poema por una cuestión que Elena no consiguió comprender totalmente, así que esperó al final de la clase para preguntar al profesor el significado del texto. Éste la miraba con especial intensidad.

—Trata de una chica rubia y blanca, a quien dice el poeta que aproveche su juventud antes de que se haga mayor.

Elena no entendía por qué la muchacha era rubia y blanca y cuando se lo preguntó a Jorge sólo escuchó su risa socarrona.

—Aunque tú seas morena, ponte en su lugar. Seguro que alguna vez has estado de acuerdo con el mensaje del soneto.

Y volvió a repetir observándola con una curiosidad que a ella le pareció exagerada:

*...Coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre.*

Elena era poco inclinada a ver la vida como una ocasión de divertirse, pero aún así recitó:

—*Culege de primăvara ta bucuroasă fructul dulce...* No está mal... Lo pensaré... *Înainte să treacă timpul si să te astupe de zăpadă...* —completó dudando— *¿frumosul munte? ¿frumusul vârf al muntelui?* No estoy segura. Tendré que mirar en el diccionario...

Jorge Fernández la miraba con tal intensidad que no oyó las últimas palabras de la chica. Al ver que ella lo miraba sorprendida por su repentino silencio, para disimular su distracción, recitó intentando una mimesis que en realidad no le salía bien:

—*Culege de primăvara ta bucuroasă fructul dulce...* Tampoco en rumano suena mal...

A Elena le extrañó que este tema le resultase tan sugerente a su profesor, porque era incapaz de imaginarlo divirtiéndose del modo en que lo hacían sus compañeros de clase. Daba la impresión de que sólo se interesaba del todo por las palabras de los libros, por eso se atrevió con una indirecta que iba a tomar al profesor desprevenido y le dijo riendo, disimulando con el “usted” la falta de respeto:

—Creo que usted tampoco lo practica mucho...

Y para disimular las confidencias, un poco azorados, rieron los dos.

Después de la cena, que tomaba en cuanto llegaba de clase, a Elena le gustaba asomarse a la ventana de su habitación. «Para ver morir el día o para ver las estrellas naciendo», solía explicar dependiendo de la hora en que se daba el ocaso. Ese día también se asomó. Pero allí, al final de la calle, más turbadora que la luna nueva y más material que cualquier estrella lejana, una sombra la sobresaltó: un motorista paseaba a lo largo de la calle, arriba y abajo. Elena reconoció el casco negro y la cazadora ancha del mismo desconocido que había visto el domingo y una sensación de peligro le mordió en el estómago. Bajó la persiana con premura y, buscando refugio, se dirigió al comedor, donde se encontraban Olimpia y su marido, una vez acostados los niños.

Al notar su entrada intempestiva, ambos se sobresaltaron.

–¿Te pasa algo?

Su cuñado, Stephan Ciobanu, que había sido novio de su hermana desde que fueran niños, en un gesto reflejo, se puso de pie. A Elena siempre le había tranquilizado su figura recia y poderosa, que contrastaba con la delgadez de Olimpia, y agradeció en silencio su presencia como si ella conjurase el peligro. El propio Stephan, desde la infancia, se jactaba de extender su protección a las dos hermanas y le gustaba presumir de su fortaleza. Sin embargo, en España, solía volver muy cansado después de su trabajo agotador de cada día, así que Elena miró a los dos con cariño y decidió no preocuparles con sus pequeños desvelos. No merecían cargar con más preocupaciones. El problema del motorista, si es que era esa una presencia amenazante que existía de forma real, lo había creado ella y ella lo debía resolver.

–No me pasa nada. Sólo quería daros las buenas noches...

–*Bună seara* –contestó Stephan.

–*Pe mâine dimineată* –le hizo un guiño Olimpia dirigiéndose a la cocina.

VI

Al día siguiente Elena llegó a la Clínica con la determinación de solucionar lo que se estaba convirtiendo en una obsesión. Quería hablar con Enrique para desvelar si era él quien paseaba en moto alrededor de su casa y estaba dispuesta a convencerle de que dejara de hacerlo, por las buenas o por las malas, con súplicas o con amenazas. Nadie tenía derecho a turbar su tranquilidad y la de su familia. Sin embargo, Enrique no apareció. Elena le estuvo esperando en el portal hasta el último momento, pero nadie llegó.

En casa de Rosa María el ambiente seguía siendo bastante depresivo. La niña había vuelto a enfermar o a simularlo, por lo que se hallaba jugando en su habitación, mientras su madre hablaba largamente por teléfono. Elena, por lástima, a ratos dejaba de lado sus quehaceres para darle conversación o interesarse por sus ilusiones.

–Enséñame tus muñecas.

Andreíta le mostraba una hilera de muñecas desnudas.

–Todas son feas. Por eso están castigadas sin salir a la calle.

–Dime cuál prefieres –y la niña le enseñaba una con la cabeza rota. –

¿Quieres que yo la arregle?

Andreíta negó con la cabeza y salió corriendo a abrazar a su madre, que seguía colgada del teléfono:

–Ya te he dicho que no... hoy no puedo...

–...

–No me entiendes. Si tú supieras lo que estoy pasando...

—...

—Ni cinco minutos. Mañana, tal vez... No volvamos a empezar

—...

—Yo no he dicho eso...

Cuando, por fin, colgó el teléfono la niña había vuelto a su cuarto, pero Rosa María siguió sentada en el salón a medio camino entre las lágrimas y el abatimiento. A las diez de la mañana una nueva llamada telefónica, esta vez más breve, la llevó a su dormitorio: allí se vistió y se pintó y cuando salió dijo brevemente a Elena:

—Tengo que salir un momento.

Elena, alarmada, le preguntó si pasaba algo y quedó balbuceando que ella tenía que marcharse a las diez y media.

—Tengo otra casa y no quiero llegar tarde.

Rosa María la miró con desprecio de arriba abajo y recurrió a tratarla de usted para aumentar las distancias:

—Le he dicho que es un momento. Además no se quejará de que no se lo pague.

—No es eso... Yo tengo que cumplir...

—¿No ve que es urgente? ¿Qué quiere, que me humille para pedirle el favor? —y salió sin más contemplaciones.

Elena volvió al cuarto de la niña, pero se negó a mirar por la ventana. Ya sabía cuál era el problema de Rosa María. A las diez y media la señora, naturalmente, no había vuelto y Elena miraba cada poco su reloj de pulsera. Le dolía su altivez y sus desprecios, pero aún más le dolía el abandono para con su hija. ¿Qué culpa tenía ella de la infelicidad de la madre? Comparaba a Rosa

María con doña Antonia y pensaba que ambas tenían en común mucho más de lo que ninguna hubiera imaginado.

Rosa María volvió a las once y cuarto. Tenía los ojos todavía estragados por la huella de las lágrimas, pero una media sonrisa en la boca mostraba que sus anhelos habían tenido una solución provisional. Elena la miraba arrastrando el bolso con esa sensación de languidez que queda en el alma después de una batalla que no ha acabado del todo, porque no está ni ganada ni perdida, y sintió cierta lástima por ella. Su rectitud le hubiera impedido aceptar la doble partida a la que jugaba su empleadora, pero las marcas de sufrimiento de los caracteres débiles le hacían reflexionar sobre la vacuidad de las ilusiones humanas. «Es difícil encontrar el camino sin dañar a los otros», se decía pensando en Andrea, y sentía que la niña era tan víctima de la debilidad de la madre como la propia Rosa María.

Recordó una novela de su compatriota Mircea Eliade que le había hecho reflexionar hacía años: *Retorno al paraíso*. El protagonista, Pavel Anicet, era un joven guapo y fascinante en quien se adivinaba un gran futuro en el periodismo y la cultura, un donjuán deseado y codiciado por varias mujeres que sucumbió debido a sus propios encantos, ya que se enamoró de dos mujeres a la vez. La rectitud de su carácter, sin embargo, le impidió vivir una doble pasión: angustiado por su indecisión y buscando una soledad que le trajera la paz, se refugió en la idea del suicido, que en sus deseos le traería la serenidad y la libertad. Así, acabó su angustia en los brazos de la muerte: el verdadero estado de placidez.

Rosa María también lo tenía todo: era hermosa y rica, disfrutaba de una hija preciosa y dos hombres en su vida. Elena sabía que no iba a adoptar la

solución novelesca de Pavel Anicet, pero temía que el desenlace de su confusión arrastrase la tragedia para su familia. A veces la felicidad de los otros es el mayor obstáculo para la nuestra...

Pero también pensó que no debía confundir la literatura con la vida: había que volver a la realidad. No se había atrevido a llamar por teléfono a doña Antonia por no saber la hora en que dispondría de su libertad y casi se había resignado a llegar tarde o a no ir a la otra casa, pero, en cuanto llegó la mudable señora, Elena pensó que, si se daba prisa, aún podría presentarse con un retraso relativo. Salió a toda velocidad dejando en los labios de Rosa María la promesa de una pequeña gratificación a fin de mes.

Al salir del portal la ciudad recibió a Elena con una barahúnda de coches y ruidos que anunciaba alegría. Aunque ella quería correr, la hilera de automóviles que cruzaban las calles la sujetaba al ritmo moroso de la luz de semáforos, los paseantes ocupaban las aceras y le impedían el paso, las amas de casa empujaban sus carritos de la compra y algunos viejos arrastraban los pies buscando las zonas de sol. La ciudad imponía sus leyes y parecía advertirle que no se puede volar. Aun así, cruzó lo más rápido que pudo las calles y plazas de la ciudad para llegar jadeando a la calle Afiladores. Abrió con su llave el portón de la calle y subió las escaleras hasta el segundo piso sintiendo en las sienes el golpeteo furioso de los latidos de su corazón. Allí se detuvo un instante para recuperar el ritmo de la respiración y entonces le paralizó una sorpresa: a través de la puerta se oían las voces de Puri y *El Rubio*, que discutían a gritos con doña Antonia.

—Ese no es el acuerdo del principio —decía *El Rubio* con voz gutural.

—Pero yo cada día me arriesgo más. ¿Qué culpa tengo de que todo os parezca poco? Hay que saber calcular... —respondía doña Antonia.

La voz de Puri sonaba a ratos melosa y a ratos suplicante:

—Nosotros no alcanzamos a más... Sabes que te damos lo que podemos...

—El día que me harte de ti, no respondo —amenazaba *El Rubio* subiendo de tono.

Pero doña Antonia no se dejaba amilanar y respondía con sarcasmo:

—No te interesa. La gallina de los huevos de oro... ¡No te atreverás!

—¡Viejas asquerosas! Porque me tenéis muy cogido...

Puri atendía a ambas partes intentando apaciguarles:

—Tendremos cuidado. Lo alargaremos un poco más... Pero ahora que te necesitamos, no nos puedes abandonar...

De improviso, como si doña Antonia hubiera adivinado que había alguien al otro lado, abrió de golpe la puerta y miró a Elena con acritud.

—¿Qué haces ahí? ¿Qué estabas oyendo?

Elena intentó contestar y sintió que tragaba cristales cuando balbuceó:

—Subía las escaleras, iba a llamar ahora...

Doña Antonia le preguntó con gran frialdad:

—¿Por qué has llegado tan tarde? ¿No estás advertida del otro día?

Mientras Elena intentaba hilvanar una explicación, doña Antonia hizo un gesto a sus visitantes, que salieron en silencio hacia la escalera. Una vez allí les señaló con la cabeza el piso de arriba y ellos subieron. Doña Antonia cerró la puerta y se encaró con Elena.

—¿A ti te interesan mis cosas? ¿No estarías espiando?

—Yo no sé... tampoco entiendo bien el idioma —se escudó Elena, que había oído perfectamente todo lo que dijeron, aunque no había comprendido su sentido profundo.

—La próxima vez que llegues tan tarde —concluyó doña Antonia— no te molestes en venir.

Después de estas palabras la mujer salió y Elena supuso que había subido al piso de Puri y *El Rubio* porque oyó ascendiendo sus pasos en la escalera. Se acercó al dormitorio de la anciana, que permanecía tranquila. El orden de las habitaciones era relativo y, a pesar de la disputa anterior, todo parecía sosegado, así que comenzó con sus obligaciones diarias. Lavaría primero los platos sucios que quedaban desde la cena y después se dedicaría a barrer y fregar el suelo y a limpiar el polvo de las estanterías. Doña Antonia había prometido pagarle el último día del mes.

Aquella tarde Elena escuchaba distraída las explicaciones de sus profesores. Los pensamientos de por la mañana se entrecruzaban con las asignaturas de la tarde. ¿Qué se traerían entre manos doña Antonia y sus vecinos? No se imaginaba en qué podía consistir el riesgo del que hablaba su empleadora ni el “acuerdo del principio” a que aludiera *El Rubio*. Ninguno tenía aspecto de poder ofrecer nada provechoso a los demás. Siguiendo con sus elucubraciones, la figura de Enrique aparecía en su mente, se desdibujaba después al compás del capricho de su imaginación y se mezclaba con la de Rosa María. A lo mejor él también tenía varias enamoradas, como Pavel Anicet, y su juego consistía en acercarse y alejarse a cualquiera en un vaivén divertido y vacío.

Cuando acabaron las clases, Elena quiso desahogarse con Jorge Fernández, que probablemente sabía más de la literatura que de la vida, pero no le supo explicar con claridad sus preocupaciones, sino que ella también las proyectó al mundo de la fantasía:

—Profesor, en la literatura española hemos visto la vida que desemboca en la muerte, como un río en el mar, y hemos visto también la vida como una fuerza natural que nos empuja a disfrutar del tiempo y nos obliga a amar, pero... no hemos visto qué pasa si se disfruta demasiado...

El profesor hizo un gesto de asombro y señaló con los ojos que no había entendido nada.

—Lo que pregunto es si en la literatura española aparece el amor cuando es una fuerza malvada que destruye la felicidad y la vida.

Jorge Fernández rió.

—Señorita —le dijo simulando un intento de cercanía con el rostro de una broma—, recordará usted a nuestra *Celestina*. Melibea muere despeñada por causa del amor: la pérdida de Calisto es para ella la pérdida de la felicidad y de la razón...

—No, no... Quiero decir, si se ama demasiado... si se ama a más de una persona...

El profesor estaba en su salsa:

—No hemos llegado, aún no hemos llegado —y se relamía—. ¡El adulterio! ¡Oh, sí! Calderón de la Barca y *El médico de su honra*. La defensa del honor, una cosa tan castizamente española... Éste es un marido que, movido por una leve apariencia de que su mujer le es infiel, la mata... También se hablaba de ello en algunas partes del Romancero...

Elena negaba con la cabeza.

—No hace falta tanto ¡Que no llegue al río la sangre, como dicen aquí...!

Basta con un triángulo amoroso...

—Bien, bien. *La Regenta*, de Clarín: ahí tenemos a nuestra Madame Bovary. La protagonista es Ana Ozores, una mujer débil que por buscar la felicidad escapa del amor casto de su anciano marido para caer en los brazos de un donjuán que le trae la desgracia y destruye su vida...

—Sí, sí. Lo que yo decía: un marido mayor, una mujer joven... y su amante —interrumpió Elena dando por terminada la conversación—. *La Regenta*... Este fin de semana lo saco de la biblioteca.

Cuando se alejaba, de nuevo sumida en sus cavilaciones, Jorge Fernández se quedó mirándola con una sonrisa melancólica. ¿Qué sería para esa muchacha la literatura? La magia de las palabras escritas a veces nos engaña y se interpone en nuestra opinión acerca del mundo. No solemos darnos cuenta de que nuestra propia vida tiene aún más encanto que la de los muñecos absurdos que ha creado un poeta en sus delirios insomnes. A él, con frecuencia, cuando pensaba en su vida, le pasaba lo mismo...

VII

Por fin acabó el mes de marzo, sin que ningún incidente especial lo empañara. Importa poco el transcurso del tiempo cuando todas las jornadas son iguales, pero para Elena el último día del mes suponía que se iba a poder permitir algún capricho con el fruto de su trabajo, un capricho que solía consistir en entregar parte del dinero a su hermana Olimpia, cuando ésta se lo admitía, o hacer algún pequeño regalo a los chicos.

En el hall de la Clínica le esperaba un sobre al lado del teléfono, como siempre. Afuera figuraba la lista de días trabajados, el número de horas y la multiplicación consiguiente. Era todo cómodo y limpio. Sin embargo, a Rosa María se le solían olvidar las fechas y Elena tenía que acabar recordándoselo antes de salir. Casi siempre le costaba un buen rato llegar al resultado: no comprendía el valor de las horas que escapan como agua entre los dedos porque para ella el tiempo sólo era la sucesión de las pequeñas traiciones del hastío.

Sin embargo, contra lo que Elena había previsto, doña Antonia la recibió con grandes muestras de abundancia. La muchacha había pensado que sería la más remisa en pagar por ser, en teoría, la menos afortunada, pero su empleadora se mostraba exultante y dispendiosa. De hecho, Elena había visto que últimamente había signos en la casa que mostraban ciertos cambios en el mobiliario: se habían adquirido dos alfombras y una lámpara, había sido completada parte de la vajilla y se había aumentado la colección de sartenes y

cazuelas. Doña Antonia también se había comprado para sí misma un vestido de entretiempo y se sentía con él como una potentada.

—Ya ves, todavía quedaba algo en las rebajas —le mintió a su empleada, que no salía de su asombro ante semejantes muestras de camaradería—, pero si hubiera sido más caro también lo habría comprado —y añadió—: Como hoy cobras, lo que yo te dé te recomiendo que lo gastes sólo en caprichos. ¡Hay que disfrutar de la vida, sobre todo los que aún sois jóvenes! ¡Si yo pudiera volver el tiempo hacia atrás!

Doña Antonia se deleitaba imaginando un pasado opulento que no pudo ser.

—Si yo hubiera tenido dinero... ¡lo habría gastado siempre todo! —exclamaba en un acceso de risa—. ¡Maldita pobreza! Habría comprado vestidos, habría hecho viajes, habría tenido criados ¡muchos criados! Si hubiera tenido dinero... habría vivido como lo que en realidad soy, ¡como una verdadera señora!

Cuando llegó la hora de salir, haciendo que se cumpliera su sueño de soberana magnánima y desprendida, le dio a Elena además del sueldo una buena propina, mientras le aconsejaba maternalmente:

—Diviértete, hija mía, ¡y gástalo todo enseguida! ¡Hay que ser feliz!

Elena no compartía del todo ese júbilo, ya que ese tipo de consejos eran totalmente contrarios a su forma de ser, pero agradeció más aún que la dádiva la desconocida generosidad del alma de doña Antonia.

Cuando bajó del autobús para dirigirse a su casa, como no estaba acostumbrada a llevar mucho dinero en el bolso, sintió cierto temor pueril a ser asaltada, así que sin querer lo oprimía contra su pecho, mientras se reía de sí

misma por un gesto tan poco natural. «Nadie sabe lo que llevo. En unas pocas horas no me he podido convertir a los ojos de los demás en una presa fácil de asaltar». Faltaban unas pocas manzanas para llegar a su destino y como vio que debía cruzar una calle cuyo semáforo estaba a punto de cambiar de color, dio una pequeña carrera para alcanzar la otra acera. Cuando la estaba pisando oyó el estruendo de una moto a su espalda que arrancaba a máxima velocidad y un terror súbito la sobrecogió. Se apoyó en la pared sujetando el bolso con todas sus fuerzas, sin saber si echarse de nuevo a correr o si hacer frente al peligro, y miró hacia el origen de su sobresalto.

Un joven sobre una moto pequeña llegó hasta el extremo de la calle, intentó un frenazo en seco, empujó hacia sí el manillar para conseguir que el vehículo se sostuviera sobre una sola rueda y después, en un nuevo torbellino de polvo y ruido, se dio la vuelta para merecer el aplauso de sus amigos, que habían presenciado la hazaña. Cuando se quitó el casco, Elena vio que sólo era un niño. Entonces se rió de sí misma. Eso era ya demasiado. Había que admitir que últimamente se estaba obsesionando con la presencia del motorista, cuya identidad en realidad desconocía. Tanto si era Enrique como si no lo era, no debía sentirlo obligatoriamente como una amenaza, puesto que lo único que había hecho hasta entonces era pasear debajo de su ventana. Quizás no la buscaba a ella. «No sé por qué imagino que soy el centro del mundo», se decía para convencerse de que debía bajar la guardia.

En todo caso, subió las escaleras de su casa decidiendo que iba a dejar de ser tan cobarde.

VIII

Un día, por fin, se encontró con Enrique. Bajaba las escaleras de la Clínica después de haber cumplido su labor y lo encontró esperándola junto al portón de la calle.

—Hola, Elena sin hache. ¿Aún te acuerdas de mí? —le preguntó con voz sugerente.

—Todavía no me falla mucho la memoria —contestó ella poniéndose en guardia por temor a que comenzase con sus segundas interpretaciones, pero el chico parecía entristecido.

—Aunque llevo aquí bastante rato no he querido subir arriba para no asustarte —le dijo con humildad.

—No importa. Yo no soy quién para impedir que subas cuando quieras a tu lugar de trabajo...

—Como el último día no entendiste mis bromas...

Elena comenzó a sentirse un poco culpable por haber malinterpretado a alguien que hoy se mostraba tan decepcionado.

—Fuiste injusto conmigo —siguió en voz baja el chico—. Yo sólo quería que fuéramos amigos... Hacerte pasar un buen rato.

—Bueno, no pasa nada —se azoró Elena—. En realidad, no hay mucho que decir. Ya no estoy disgustada. Se me pasó enseguida.

Enrique, en realidad, tenía bastantes encantos. A pesar de las marcas en la cara, tenía un cuerpo ágil y esbelto, era proporcionado y masculino...

Cuando se olvidaba de teñir de ironía sus ojos era bastante más atractivo que la mayoría de los hombres que Elena había conocido.

—He venido antes de la hora para verte. No quería que guardases mal recuerdo de mí.

—Ya no lo guardo —y entonces sonrió abiertamente— No hacía falta que te molestaras.

—Es que no me molesta verte... Al revés: me gusta —y la miró con intención a los ojos.

Elena, que no era coqueta, empezó a notar que flotaba. Se sentía halagada por sus palabras y le parecía que no merecía tantas atenciones. Mientras lo oía, se notaba ruborizar por momentos y odiaba ser tan sencilla y directa con sus emociones. Un chico así, se decía, seguramente busca a alguien que sepa manejar esta situación con más desenvoltura, y estos pensamientos le hicieron sentirse todavía más desarmada.

—Seguro que a ti también te está gustando verme, ¿o no? Anda, no seas tan seria y dime lo que piensas.

Mientras hablaba, Quique se fue acercando a Elena y, como por azar, al accionar, le rozó el pecho en un par de ocasiones, pero ella no hizo ademán de haberse sorprendido o disgustado. Después de unos minutos Elena se disculpó por tener que despedirse.

—Ahora no tengo tiempo de seguir hablando... —dijo casi con intención de que él propusiera otro encuentro por la tarde—, pero si otro día nos vemos, ya comprobarás que sí somos amigos.

Enrique calló y aunque ella temía y a la vez deseaba que iniciase una despedida más cariñosa, él se replegó sobre sí mismo y, finalmente, sólo le tendió blandamente la mano.

—¿Amigos?

—¡Claro! —respondió Elena mucho más efusivamente de lo que hubiera querido, mientras Enrique sonreía, halagado.

Antes de salir a la calle, con el pomo de la puerta en la mano, aún quedaba un cabo suelto que la chica se aventuró a descubrir.

—Oye, ¿me enseñas tu moto?

Enrique rió.

—¿Ahora sí quieres que te lleve?

—No, no puedo... Es por curiosidad. Sólo quiero verla —se atrevió. Si aprendía a distinguir la moto, ésa era la mejor forma de reconocer la identidad de su perseguidor, si es que éste existía.

Enrique respondió desdeñoso:

—Has tenido mala suerte, porque he venido andando. Hoy la tengo en el taller.

Esa misma noche, un poco antes de irse a acostar, Elena volvió a oír un ronroneo en la calle. Se acercó con sigilo a la ventana para asomarse a través de los visillos y descubrió al motorista ensayando su paseo hasta el final de la calle. «Ahora sé que no es él», pensó «...a no ser que me haya mentido».

Todavía apostada al lado del cristal siguió observando que el conductor volvía con lentitud hacia el otro lado de la calle y paraba precisamente bajo su mirada. En un momento de súbita decisión quiso solucionar el misterio y sin

pensarlo dos veces abrió de improviso la ventana y se encaró con el desconocido:

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no te vas a tu casa?

Elena se sintió un poco ridícula gritando a una figura vestida de negro de identidad desconocida, sobre todo cuando, sin proponérselo, le estaba escupiendo con rabia todo su temor guardado durante los últimos días, pero la actitud del desconocido la sorprendió. El portador del casco oscuro y redondo, que parecía absorto en nebulosos pensamientos, alzó la cabeza para mirar hacia arriba (con la cara totalmente cubierta por la visera), y súbitamente, como sorprendido de la imprecación que llovía de arriba, puso en marcha el motor y salió a toda velocidad.

Esta huída todavía enfadó más a Elena, que se sentía vencedora de no sabía qué combate interior y le gritó envalentonándose por momentos:

—Vuelve aquí si te atreves. Enseña quién eres.

Finalmente cerró la ventana muy ufana de sí misma y se acostó.

IX

Abril se desperezaba lentamente en una pequeña ciudad del mapa de España y Elena empujaba sus ilusiones a golpe de billete de autobús. Mecida por el traqueteo de la máquina pensaba que las seis de la mañana de un lunes cualquiera era una buena hora para seguir impulsando su vida. Sin embargo, aún no sabía que una sucesión de acontecimientos inesperados iba a truncar violentamente la marcha de su rutina. Un azar caprichoso y oprimente se iba a encargar de cambiar sus previsiones para que el día extendiera sus momentos mucho más lejos de la jornada habitual: su manera de vivir, construida a base de esfuerzos e ilusiones, estaba a punto de ser barrida por el huracán de la fatalidad.

Cuando entró en la Clínica Dental canturreaba una vieja canción de la infancia y no advirtió que una presencia imprevista la aguardaba en una de las habitaciones. Abrió la ventana de la sala de visitas y comenzó a extender sus útiles de trabajo por el pasillo: la aspiradora, los envases de detergente, el cubo vacío que utilizaba para fregar, las bayetas... Subió las persianas de cada estancia hasta llegar al cuarto donde se cambiaban los auxiliares y allí, de pronto, se topó con la figura de Enrique. Ovillado en el sofá y a medio vestir, estaba dormido, apenas aferrado a la bata blanca que le serviría después para atender a los clientes. Elena se sobresaltó y, tras el susto, se preocupó por la causa de su presencia. Quizás había tenido algún problema que le hubiera impedido dormir en su casa la noche del domingo. Con ingenuidad, supuso que

acaso había perdido las llaves de su casa o... ¿o qué? Encogiéndose de hombros, deseó que no estuviera enfermo...

Bajo la mirada de Elena, Enrique comenzó a removerse, se restregó con las manos los ojos y finalmente se despertó. Al ver a la chica mirándolo hizo un amago de susto y se cubrió con la bata de cintura para abajo mientras Elena daba un paso atrás, avergonzada.

Sin embargo, Enrique no se dejaba influir por los imprevistos y se hizo dueño de la situación fácilmente.

—Ahora eres tú la que me ha dado susto.

—Lo siento. No esperaba verte aquí... ¿Has tenido algún problema?

Enrique se escudó en su mirada más canalla y procuró hacerse el interesante.

—Sí, tengo un problema muy grave que me ha traído hasta aquí.

—Si te puedo ayudar... —Elena comenzó a preocuparse— Para algo somos amigos.

—¿De verdad somos amigos? —ironizó el chico.

—Ya te he dicho que sí...

—No te vas a creer por qué he venido —dejó su actitud arrogante habitual e hizo ademán de humillarse—. No tenía otra solución...

—Puedes confiar en mí —Elena se ofrecía suponiendo la sinceridad del muchacho—. Tal vez no es tan grave...

—He venido... he venido... —Enrique se lanzó al vacío— ¡porque era la única forma de verte!

Elena dio un paso atrás, a la vez que Enrique se levantaba. Al incorporarse, la bata blanca cayó al suelo y ella se sintió todavía más azorada.

Viendo el efecto de sus movimientos, Enrique la tomó del suelo y se la puso.

Siguió con vehemencia:

–Todos los días intento llegar antes de que te vayas, pero nunca te encuentro... y cuando te veo en la puerta siempre tienes prisa... Por eso anoche, como ya no podía aguantar más, decidí quedarme aquí a dormir.

Elena, paulatinamente, fue olvidando su primera prevención y dejó fluir sus ilusiones.

–Eso no era necesario... Hubiéramos podido quedar una tarde... Este no es el lugar adecuado...

Enrique, que se había ido acercando a ella mientras hablaba, la tomó entre sus brazos y la acercó a su pecho. Ella aspiró un olor que se le antojó acre y salado y lamentó su propia torpeza, por no haber tenido muchas experiencias amorosas. Él adoptó un tono lastimero:

–Pienso en ti todos los días. Cuando trabajo aquí, sé que tú has estado antes y te imagino yendo y viniendo por las mismas habitaciones. A veces me distraigo sin querer acordándome de ti, acordándome de que tú has estado primero... en el mismo sitio... pero tan lejos de mí... De tanto recordarte eres como una obsesión.

Elena no salía de su asombro. Nunca hubiera imaginado que el chico pensaba en ella en esos términos. Él, cuando vio que ella se relajaba, la besó brevemente en la boca, pero se sintió de nuevo vencido por su propia verborrea:

–¿Quieres que te cuente cómo te imagino aquí dentro? Puesto que tu trabajo es muy duro te supongo en ropa interior para no sudar, tocando con tus manos todos los instrumentos que toco yo después.

Elena volvió a tensar el cuerpo, pero él rió.

—No te pongas así. Eso no es malo. Es lo más natural entre un hombre y una mujer... Ya ves, yo soy un hombre y estoy aquí contigo, que tienes ese cuerpo de mujer tan hermoso, y es normal que me guste y que yo te guste... Esto es así desde el principio del mundo...

Por momentos la chica dudaba y se dejaba convencer. Ella siempre había sido poco proclive a mostrar sus afectos y sentía cierto pudor cuando se acercaba a los demás, pero todo eso era producto de una educación restrictiva y de una infancia difícil y solitaria. Acaso las personas que habían tenido en la mano la felicidad de amar y ser amadas sin cortapisas no sintieran esa prevención ante el contacto con sus semejantes. Además, Elena tenía la convicción teórica de que el sexo era una cosa absolutamente natural. Recordó las palabras que había leído en su libro de literatura animando a disfrutar de la juventud, a la vez que sus compañeros de clase, más avezados, mostraban su aceptación y su entusiasmo. No había que considerar negativa una actitud vitalista que ya estaba de moda en el siglo XVI, aunque ella no la hubiera disfrutado hasta entonces. También, sin ser muy consciente de ello, le vino a la memoria una voz melodiosa y masculina que recitaba, a medio camino entre la ilusión y la ironía, la misma verdad que ella quería descubrir en ese momento: la voz sosegada de Jorge Fernández le repetía al oído la salmodia que leyeron en clase:

«*Coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre...*».

Y ella misma se oyó que le contestaba a media voz:

—«*Culege de primāvara ta bucuroasā fructul dulce ...*»

Enrique, extrañado, la miró sin comprender y ella, que de pronto despertó de su ensueño literario, para disimular sus pensamientos casi se obligó a sí misma a estrechar el abrazo. Él, que advirtió ese cambio, pasó suavemente la mano por su espalda y después de acariciarla con sumo cuidado comenzó a desnudarla con pericia.

Elena, más desconcertada de lo que en realidad advertía, se dejaba hacer, hasta que se vio a sí misma desnuda de cintura para arriba. Enrique se había quitado la bata y había soltado a la chica para desembarazarse de la camiseta. Con una sonrisa en los labios y el deseo marcado en la mirada exhibió su torso musculoso suponiendo que a ella la iba a enloquecer. Sin embargo, el mundo giraba demasiado deprisa para una inexperta en las lides del amor y Elena necesitaba más tiempo. Se aferró a una excusa banal que le salvase la vida por unos segundos.

—Je, ahora vengo... necesito ir al baño un momento...

Enrique disimuló su fastidio con una mueca de clown y ella salió apresuradamente tomando algunas de las prendas que habían quedado desperdigadas por el suelo. Entró en el servicio y se encerró con pestillo como si temiera que el hombre la persiguiera hasta allí. «¿Qué estoy haciendo? —se preguntaba—. En realidad, yo ¿qué quiero hacer?». Se lavó las manos y la cara para aclarar sus ideas. Se sentía absolutamente vulnerable y ridícula. Enrique parecía muy apasionado y ella no tenía argumentos teóricos para negarse a hacer el amor en algún momento de su vida... Él era un chico simpático y atractivo y se mostraba tan enamorado... Pero había algo que no iba bien. Presentarse así en el lugar de trabajo... acercarse a ella con esas prisas... ¡Qué difícil era entender a los hombres!

Mientras realizaba estas reflexiones, Elena miró distraídamente a su alrededor. El baño que utilizaban los auxiliares era un espacio pequeño y aseado. Había una ducha, protegida por una mampara de cristal, un bidé, un lavabo con una jabonera de color azul y con algunas toallas limpias que tantas veces Elena había repuesto, y el inodoro, que tantas veces había limpiado también. Pero allí, flotando sobre el agua que soltara en su último uso la cisterna, al fondo del retrete, quedaba la mancha de un objeto de goma que no había tragado el desagüe. Ella no tuvo escrúpulos para cogerlo con la mano. Era simplemente lo mismo que parecía: ¡un preservativo!

Elena, que comprendió, casi dio una patada en el suelo. Enrique vivía con sus padres. Si había dormido en la Clínica lo había hecho por el único motivo de que había utilizado ese espacio para estar con una mujer.

«¡Qué estúpida he sido! Se queda aquí a hacer el amor con sus ligues y cuando yo aparezco, ¡partida doble! ¡Seguro que a la otra le ha dicho las mismas tonterías que a mí! ¡Lo más natural entre un hombre y una mujer! ».

Elena hizo esfuerzos por no llorar y por serenarse. Miró a su reloj y vio que marcaba las nueve y cuarto. Recordó el pasillo, sembrado de cosas que ella misma había sembrado al llegar: la aspiradora, el cubo y los detergentes. ¡Cómo había podido dejarse embauchar por ese miserable! Pero ahora ya no era posible arreglarlo. Había incumplido su trabajo, se había dejado engañar por un sinvergüenza y, además, no podía quejarse por ello a ninguno de los empleadores de la Clínica. Aun así, lo peor era el sentimiento de humillación... y de suciedad. Volvió a lavarse las manos, la cara, los brazos y todas las partes del cuerpo que él había besado y volvió a sentirse engañada y perdida.

Intentó mirar con frialdad su situación: estaba encerrada en el baño de la Clínica... con un hombre fogoso esperando en la puerta para seguir con la farsa amorosa. ¡Había sido una aventura estupenda!

Enrique, al otro lado, también se impacientaba y comenzó a golpear con los nudillos suavemente la puerta.

—¿Te pasa algo, guapa?

Tenía que salir. Tenía que salir de allí y sabía que para no volver más. Se ajustó de nuevo el sujetador y la blusa y se alegró de no haberse desprendido de los pantalones. Aprestarse a escapar iba a ser cuestión de velocidad, así que abrió la puerta de improviso, cogió al vuelo su bolso, su jersey y su gabardina y salió sin mediar palabra a la escalera. Bajó los peldaños sin mirar atrás y en el portal acabó de vestirse. Enrique, que había quedado arriba sin comprender casi nada, antes de que saliera, le gritó desde lo alto:

—Espera. Te invito a un cigarro, igual que el primer día...

El sonido del portazo disipó cualquier duda y Elena se zambulló en el trágico de la ciudad confiando en que se salvaría al anegarse en su corriente. Como una autómata paseó por las calles y como una autómata dejó que las piernas decidieran el rumbo. Por la fuerza de la costumbre, acabó en la misma parada de autobús que el resto de los días a esa misma hora. Oscuramente intuía que cuando el despecho no deja pensar sólo los hábitos nos salvan de perder definitivamente el rumbo. Ser como una piedra, ser como un árbol, no sentir. Dejarse llevar por las obligaciones del día era el único antídoto para un dolor tan absurdo.

Cuando llegó al número de Santa Isabel que le marcaba su destino más próximo, como todos los días, llamó desde el timbre de abajo. Esperó unos minutos, pero nadie contestaba. Miró a su reloj pensando que, por haber llegado tarde, la señora ya había partido hacia el colegio con la niña. Con todo, cuando un vecino salía, aprovechó para introducirse en el edificio. Llegó hasta el piso de Rosa María y, por si acaso, llamó. Ante su sorpresa, esta vez una figura diminuta y despeinada abrió la puerta.

Andreíta llevaba todavía el pijama, así que Elena pensó que de nuevo había enfermado y que su madre estaría hablando por teléfono, pero en el interior del piso vio que las cosas no estaban como el día anterior.

—Mamá se ha ido —le dijo la niña mientras volvía a meterse en la cama con su muñeca.

Elena, extrañada de que la madre hubiera salido a comprar dejando a la pequeña sola, recorrió las habitaciones, abrió los roperos y buscó una explicación razonable al misterio. Con gran sorpresa observó que el armario de Rosa María estaba casi vacío y sobre la mesita de noche sólo quedaba un sobre con el nombre del marido.

Sólo entonces comprendió. Se dirigió a la habitación de la niña:

—Pero tú, ¿la has visto? —le preguntó.

—Con la maleta roja —asintió la niña sin entender muy bien el significado de esa partida.

Elena olvidó su dolor y, sin poderlo evitar, comenzó a llorar el llanto de niña que le venía ahogando desde que perdiera a su madre. ¿Cómo era posible que voluntariamente una mujer pudiera dejar a su hija? Miró el lujo de la habitación, los vestidos de la pequeña, la consola con sus espejos y la

lámpara de colores y eso aún le produjo una mayor desazón. Andreíta estaba como paralizada y se limitaba a mirar hacia el frente con unos enormes ojos de pena. Elena, sin saber lo que hacía, se metió en la cama con la niña y la abrazó como si fuera una hija.

—Mamá volverá mañana —le prometió, pero para poder mentirle tuvo que tragarse un dolor que se le antojaba antiquísimo.

Así estuvieron durante mucho rato hasta que la niña se durmió. Elena se levantó de la cama y se dirigió al dormitorio de la madre. Allí estaba la carta. Ella no conocía apenas al padre de Andrea, pero el sentirse dueña de la tragedia de la hija le hizo pensar que tenía derecho a apurar el cáliz del abandono al igual que todos los miembros de la familia. Dentro del sobre unas letras temblorosas daban noticia del naufragio de una vida: «Yo también tengo derecho a ser feliz. A ti te será más fácil que a mí cuidar de Andrea. Algún día lo comprenderás».

Volvió a dejar el papel en su sitio y se sintió profundamente cansada. ¡Cuánto le pesaban las vidas ajenas! ¡Qué difícil era, a veces, mirar vivir a los otros sin participar de sus triunfos y de sus miserias! Hasta ese momento siempre había procurado escapar de los problemas de aquellos que se ubicaban fuera de su más íntima esfera, ya que no los podía solucionar, pero en ese instante se sintió incapaz de situarse al margen de la tragedia que le había tocado presenciar. Aunque esa tragedia no fuera la suya, tenía la obligación moral de sofocar el estallido de dolor que había provocado en la niña. Si la suerte o el destino la habían llevado hasta allí, debía ser para procurar un alivio que ninguna otra persona podía prestar. Ahora le parecía que recordar a Enrique era un asunto banal, en comparación con el drama terrible

que estaba viendo representar, y por eso se animó a sí misma a participar por esta vez en las penurias ajenas. «No consentiré pasar a su lado sin compadecerme de su pena y sin ayudarla. Aquí yo también estoy obligada a escenificar un papel», pensó. Para sofocar la gran lástima que sentía en su corazón, volvió al dormitorio de la niña. La miraba dormida y se sentía anegada por unas lágrimas que la propia hija aún no había vertido. Le acarició suavemente los pies y Andreíta despertó.

—Te voy a vestir y te voy a peinar mejor que tu mamá —se le ocurrió susurrarle.

Aunque al momento se arrepintió por pensar que había hecho una alusión inconveniente, la niña entendió el cariño con que pronunció esas palabras y le sonrió. Elena tenía que esforzarse en reprimir el llanto: había que distraer y divertir a la pequeña para evitarle el dolor, y como las labores de limpieza de cada día ya no tenían sentido, se dedicó a jugar con ella, que estaba encantada de obtener su atención.

El tiempo pasa con premura cuando la razón advierte que su transcurso no tiene mucho sentido y Elena se percató de que llegaba la hora de su próximo destino. A las diez y media pensó que no podía prescindir en el mismo día de todos sus trabajos y decidió presentarse en casa de doña Antonia. Pero, ¿cómo iba a abandonar de nuevo a la niña y dejarla encerrada en su jaula de cristal completamente sola hasta la llegada del padre? Hubiera sido una falta de humanidad imperdonable, así que decidió no separarse de ella.

—Ahora vamos a salir a la calle —le dijo.

Irían juntas a casa de doña Antonia. Ella, en el fondo, tenía buen corazón y, si le explicaba lo que había pasado, comprendería su ausencia en

ese día. Es cierto que se había enfadado de forma exagerada en las ocasiones en que Elena se había retrasado, pero por eso mismo no podía dejar de acudir sin presentar ninguna disculpa razonable. La solución era tan sencilla como que le descontase del sueldo las horas que no iba a poder trabajar. Decidido: darían las dos un paseo hasta la casa de doña Antonia, allí se expondrían las excusas necesarias y después volverían para esperar al padre a la hora de comer. Endulzar un poco la tragedia de una niña tan chica era el trabajo que correspondía realizar ese día.

A la par, las dos se lavaron la cara, se peinaron la una a la otra y salieron de la mano a la calle como dos hermanas. Elena arrastraba a Andreita enseñándole los escaparates que cada día ella había mirado cuando iba sola; pararon a observar las palomas en un parque, compraron caramelos de colores en una tienda para niños y casi eran felices en la laxitud blanda que queda tras haber llorado mucho rato. Cuando arribaron a la casa de doña Antonia eran ya las once y media. Elena hablaba animadamente a la niña, que se dejaba llevar.

—Ahora vamos a visitar a una señora amiga mía. Estaremos muy poquito rato y luego nos volvemos a casa a esperar a papá —le dijo al llegar.

Doña Antonia abrió la puerta y, ante el asombro de Elena, no prestó gran atención a ninguna de las dos. La muchacha, de forma incoherente, comenzó a desgranar sus excusas:

—Vengo tarde y con la niña porque en su casa un problema...

La mujer la miró como si mediara entre ellas un espacio infinito y le dijo secamente:

—Ahora no tengo tiempo. Pasa y atiende a mi madre.

Elena entró sujetando a Andrea de la mano. En la sala de la casa permanecían ceñudos y en silencio Puri y *El Rubio*, mientras que la enferma, desde su dormitorio, gemía blandamente. A un gesto de doña Antonia y sin mediar palabra, los dos se dirigieron con ella a la habitación que quedaba libre.

Elena, al ver que doña Antonia se desentendía de ellas, prefirió cumplir con las instrucciones; sentó a la niña en el sofá y le buscó un programa infantil en la televisión.

—Tengo que cuidar a una señora que está muy malita. No te muevas de aquí, que en seguida vengo.

Mientras Andrea miraba los dibujos animados Elena entró en la habitación de la anciana. Abrió las ventanas para ver el desastre y la vio hundida en las almohadas, pálida y demacrada. Los ojos cavernosos y las mejillas descarnadas, junto con la mandíbula saliente, recordaban el gesto amargo de la calavera. Elena le tocó la frente, que ardía, y se asustó. No tenía gran experiencia en cuidar enfermos, pero pensó que debía refrescarla un poco. Trajo una jofaina con agua y comenzó a lavarla con una esponja. Al poco rato salió para avisar a doña Antonia. Sonrió a la niña, que seguía sentada viendo el programa de televisión, y le indicó con un dedo en los labios que permaneciera en silencio. Llamó con los nudillos al cuarto donde se había encerrado con las visitas y en ese momento se interrumpió el bisbiseo de la discusión.

—Doña Antonia...

La señora abrió una rendija y asomó la cabeza, el gesto adusto y la mirada endurecida. Elena, que perdía fácilmente el aplomo ante ella, balbuceó:

—Su madre está enferma. Es mejor llamar al médico.

—Ya lo sé. Ya está hecho... ¡Arregla su cuarto! —le espetó, y volvió a cerrar con energía la puerta.

Elena estaba bastante desorientada, pero se sentía sin fuerzas para replicar ante esa orden perentoria. No podía abandonar a Andrea, no podía desatender a la anciana... La vida se convertía en algo muy complicado...

Volvió a la habitación de la enferma, cuya respiración era cada vez más trabajosa, y esperó con angustia que llegara pronto el doctor, ya que su situación se volvía cada vez más opresiva. En un momento determinado oyó abrirse la puerta donde estaban encerrados los tres discutidores y al poco volverse a cerrar. Elena se asomó al salón y vio al *Rubio* sentado con Andrea ante el aparato de televisión, mientras las voces de Puri y doña Antonia volvían a perderse en la habitación contigua. «¿Por qué no trabaja hoy?», se sorprendió. La niña lo miraba sin malicia y él le sonreía blandamente. Elena quiso asomarse a sus ojos azules para descubrir sus secretos, pero una luz opaca lo impedía. Como siempre, *El Rubio* parecía semidormido, como si viviera en un mundo lechoso de límites imprecisos y pocas emociones. En la pareja era Puri la que tomaba las decisiones y la que le guiaba de la mano como si fuera otro niño. De hecho, mirando los dibujos animados al lado de Andrea, era ésta la que tenía una mirada más despierta y más adulta. La sonrisa bobalicona del *Rubio* parecía redimirle de todos los pecados de los mayores de edad.

Elena tornó al cuidado de la anciana, que seguía agitándose en su lucha con la oscuridad. No comprendía la actitud de doña Antonia. ¿Por qué no acudía al lecho de la madre? ¿Qué discusión importante podía tener algún

significado en un momento tan difícil? Recordó las palabras antiguas de quien había sido un gran poeta español y susurró en voz baja:

«*Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir*».

Ahora comprendía y valoraba mejor que nunca el mensaje de los antiguos. Los otros, los que vivieron antes, entendieron, igual que a nosotros nos toca por obligación entender ahora, el angustioso misterio de la vida que acaba. Sólo esa verdad puede hermanar a los hombres de todas las épocas y de todas las razas... Elena suspiró y susurró unas palabras que le nacían de la boca sin apenas pensar:

—La vida que pasa, la vida que llega...

“La vida que llega” le recordó a la niña, a su Andrea, y se asomó al salón para verla de nuevo: la televisión solitaria desgranaba sus anuncios sobre el sofá solitario. Elena, repentinamente aterrada, gritó:

—¡Andrea!

Olvidando a la anciana, salió apresuradamente a buscar a la niña en la cocina, en el baño, incluso abrió la puerta de salida para mirar en las escaleras. No había nadie. Andrea y *El Rubio* habían desaparecido. Elena golpeó con violencia la puerta de la habitación donde permanecían Puri y doña Antonia y sin esperar a que abrieran entró, agitadísima.

—Mi niña y *El Rubio* ya no están aquí.

Las dos mujeres se encogieron de hombros y Puri señaló con la mano el piso de arriba. Elena subió las escaleras sintiendo que una angustia profunda le atenazaba la garganta y llamó desesperadamente a la puerta. Nadie abrió. Volvió a bajar a casa de doña Antonia y se encaró violentamente con ellas.

—¿Dónde está mi niña? ¿Adónde la ha llevado *El Rubio*?

Doña Antonia, que mostraba una serenidad que rayaba en la indiferencia, ordenó a Puri:

—Acompáñala. ¡Ese idiota...! Búscalos.

Puri se quitó las gafas de gruesos cristales y se restregó los ojos. A Elena le pareció que iba a llorar, pero, en su lugar, se volvió a doña Antonia y le dijo con desprecio:

—Se ha ido por tu culpa. Por hacerle esperar...

Pero doña Antonia no se dejaba amilanar.

—¡Vosotros pensáis que esto es jauja! —y añadió algo que a Elena le pareció incomprendible— Yo también tengo que atender a mi negocio... ¡La gallina de los huevos de oro!

Elena no entendía nada de gallinas ni sabía qué era jauja, pero entregó a Puri una chaqueta que parecía la suya, la tomó del brazo y la obligó a salir a la calle. Cuando llegaron abajo y el aire y el ruido de la ciudad las recibió, Puri se derrumbó y comenzó un llanto salpicado de hipos:

—Yo soy la que cuida al *Rubio*. Él no sabe... él no puede... Hace cinco años que vivo con él... Que él vive conmigo. Como una madre soy, como una madre...

Elena la seguía empujando sin rumbo mientras la otra se sonaba la nariz y se limpiaba las lágrimas de la cara, que apenas la dejaban ver.

—A veces se ha ido... Pero siempre vuelve, siempre vuelve. Yo me ocupo de que tome su medicación. A él eso no le importa. Quizás no me quiera... ya ves... soy mayor que él... Él es más guapo que yo...

Elena no entendía nada ni sabía por dónde buscar, aunque Puri la seguía dócilmente.

—Esto no puede ser —concluyó después de dar dos vueltas a la manzana—. Mejor, piensa tú dónde pueden estar.

Puri, cuando vio que tenía que decidir, señaló blandamente el bar de una esquina.

—¿Ahí? —se sorprendió Elena.

Pero no, *El Rubio* y la niña no estaban allí. Simplemente, antes de comenzar una búsqueda más eficaz, Puri tenía que tomar una copa de coñac para entonarse.

—Si no, no puedo pensar.

A partir de ahí, comenzaron un periplo azaroso que duró varias horas. Las dos mujeres, a ratos cogidas del brazo porque a Elena le aterraba la idea de que la otra intentara escapar, recorrieron casi todos los antros de la ciudad y muchas de sus calles, interrumpiendo a veces la búsqueda para que Puri se iluminase con el efecto benéfico del alcohol. A lo largo de la aventura, Elena conoció la existencia de muchos lugares que seguramente hubiera preferido ignorar y descubrió las miserias vitales de unos personajes que también era preferible no conocer.

Puri, que se mostraba humilde y dócil, y finalmente se plegó a la búsqueda con todo el empeño de su corazón, le contó parte de sus desgracias mientras pateaban la ciudad. Desde su juventud, a causa de una infancia desdichada, había tenido problemas con el alcohol y éste le había hecho perder el control de su vida. No quería recordar las noches dormidas al raso, tirada en la calle, ni el sistema empleado para conseguir el dinero del vicio.

—Muchas veces me acostaba con cualquiera por el precio de una botella de vino. Me daba igual hacerlo en la calle o en el parque... En realidad, en esa época, eran muy pocos los hombres que se me acercaban.

Solía acudir al comedor gratuito de los indigentes y allí una Asistente Social recién contratada comenzó a ocuparse de ella y pretendió rescatarla de sus miserias. La encaminó a un Centro de Acogida y allí le enseñó a coser a máquina para facilitarle ganar un poco de dinero. La obligaba a asearse, a limitar el alcohol y a respetar los horarios de la casa, y cuando cumplía estas condiciones la felicitaba efusivamente. No era fácil, sin embargo, acostumbrarse a la vida ordenada y aburrida de la mayoría de los mortales y alguna vez probó de nuevo la miel de la libertad de la calle. Después de unas cuantas caídas, en una cura de desintoxicación, conoció al *Rubio*, que había sucumbido al engaño de la cocaína y otras drogas.

—Estaba muy mal. Le hicieron las pruebas del SIDA y dio positivo, pero a él no le importaba. Nunca había tenido cuidado al compartir jeringuillas...

Puri, aunque lo vio tan perdido como ella misma, se enamoró de él de manera irremediable: le parecía el hombre más guapo del mundo, a la vez que el más necesitado de atención. *El Rubio* parecía haber perdido en el fondo de sus ojos claros cualquier tipo de orientación que le sirviese para manejarse en la vida: no sabía cuidarse a sí mismo, ni era capaz de imaginar ningún plan de futuro ni de supervivencia, así que Puri se sintió su madre y su guía. Por primera vez advirtió que él colmaba su necesidad de sentirse útil y decidió salvarse para salvarle. Desde que tomó al *Rubio* bajo su protección, su vida ya iba a servir para algo: era necesaria para guiar a otro aún más descarrilado que ella. El hombre no opuso resistencia a una compañía que resolvía gran parte

de los problemas cotidianos que el resto de los humanos, milagrosamente, solucionan por sí solos y pronto se acostumbró a su presencia y a su adoración constante.

—Se puso en mis manos y soy yo la que le obligo a tomar los antirretrovirales... Si fuera por él... no lo haría nunca.

Unidos los dos tanto por la miseria como por cierto tipo de amor, apoyándose el uno en el otro, habían conseguido ordenar un poco sus vidas, habían alquilado el piso de la calle Afiladores y subsistían con trabajos ocasionales y ayudas sociales.

—¡Maldita doña Antonia! Ella tuvo la culpa de que volviera a caer...

A partir de las explicaciones inconexas, Elena había logrado reconstruir casi toda la historia de los dos marginados, pero la relación entre doña Antonia y sus vecinos le resultaba todavía difícil de dilucidar.

—Fue un invento suyo... Una forma de conseguir dinero...

Así Elena se enteró de que, cuando doña Úrsula enfermó, la hija comenzó a sacar provecho de los tranquilizantes que le recetaban a la vieja: Lexotán, Ativán, Rohypnol, Fentanil, Pentobarbital...

—Al *Rubio* todos le sentaban bien. Al principio los tomaba jugando. Ella se los regalaba y así lo tenía contento.

Después, le siguió contando, vieron que se podía hacer negocio y comenzaron a machacar las pastillas y a mezclarlas con otras cosas. Una parte de “la cosecha” la vendían y la otra parte la utilizaban ellos para sí.

—A veces añadíamos a las pastillas polvos de talco o incluso harina. Otras veces, por probar, aumentábamos la mezcla con aspirinas o con cualquier otra cosa más o menos blanca. Lo repartíamos en papelinas

pequeñas y lo vendíamos barato. Hay mucho niñato suelto con dinero en el bolsillo que busca nuevas sensaciones... La parte que volvíamos a introducir en las cápsulas era lo que se vendía por más dinero...

El lugar de la reventa, según le contó, eran las discotecas del fin de semana, y el dinero que obtenían se empleaba, de nuevo, en comprar el material a doña Antonia, tanto para sus trapicheos como para el propio consumo.

—Pero *El Rubio* era capaz de vender en cualquier parte. Una vez hasta lo intentó en uno de los autobuses escolares...

Él solía tomar lo suyo mezclado con alcohol porque cada vez se le pasaba antes el efecto y echaba la culpa a doña Antonia: creía que ella manipulaba de alguna forma los medicamentos. Y es que la mujer también procuraba ampliar los límites de su pequeño negocio todo lo que pudiera dar de sí “la gallina de los huevos de oro”. La madre, desde el accidente cerebral, generalmente estaba tranquila, pero doña Antonia para conseguir el material, al llamar a los médicos, le daba anfetaminas y cuando éstos llegaban se la encontraban en un estado de gran excitación, con taquicardia y presión alta, a veces con fiebre y convulsiones, por lo que no dudaban en recetarle grandes cantidades de tranquilizantes. Como ella sabía la causa de su estado, siempre se negaba a ingresarla en el hospital y, cuando se le pasaban los efectos, volvía a la normalidad. Para que no hubiera sospechas procuraba llamar a distintos médicos pidiendo las recetas de los calmantes. Sin embargo, la codicia todo lo pierde y doña Antonia, desde que empezó a verse con dinero, quiso cada vez más y, aunque aumentó su exigencia con las recetas, también fue subiendo progresivamente el precio de la reventa de las pastillas.

—Por eso *El Rubio* hoy ya no podía pagar. Cuando se enfada...

Elena se sentía anonadada. ¿Cómo podía estar la chiquilla con ese monstruo? Una pobre niña, que todavía no sabía que quizás no iba a volver a ver a su madre, con un sinvergüenza que se drogaba a expensas de los medicamentos de una moribunda... Los actos de doña Antonia y su crueldad para con su madre no tenían disculpa, pero tampoco quedaban libres de responsabilidad los que negociaban con su salud. Después de estas confesiones Elena veía a Puri con verdadera repugnancia, pero al recordar al *Rubio*, al que había visto en varias ocasiones entrando en el dormitorio de la anciana sin ninguna finalidad aparente, la náusea se trocaba en un sordo terror. Llegaron a un parque y se sentaron agotadas en un banco. Ninguna había comido, aunque Puri se había alegrado el estómago vacío con unas cuantas copas de coñac. Elena le cogió las manos para preguntar lo que más temía:

—¿Le hará daño?

Puri negó con la cabeza, a pesar de que comprendía que si *El Rubio* no sabía cuidar de sí mismo, era difícil que se preocupase mucho de una niña pequeña.

Mientras descansaban las piernas, la cabeza de las dos trabajaba con mayor efectividad, así que, sin proponérselo, Elena recordó sus aventuras con Enrique al punto de la mañana. «Un hombre y una mujer... ¡lo más natural!» Una deducción innombrable la asaltó como un golpe para sumirla en la desesperación más aguda. Casi temblando por el pánico, buscó las palabras necesarias para definir el rostro nítido del horror que suponía y preguntó sintiendo que mil agujas se clavaban en su garganta:

—Pero, ¿por qué se la ha llevado? Hay hombres a los que les gustan los niños...

Puri, que comprendió al punto, estalló en una risa seca.

—¡Eh! ¡Qué va! ¡Él ni sabe qué es eso! Él es como un niño también.

Sin haber descansado, Elena volvió a empujar a la mujer a seguir el camino. ¿Dónde podían estar? Habían recorrido toda la parte vieja de la ciudad y ahora seguían registrando los parques. No hacía frío y un sol perezoso invitaba a pasear. Puri seguía con su memoria de la adversidad.

—Maldita doña Antonia. Sólo le preocupaba la suerte de la vieja cuando pensaba que se moría —y la imitó con voz ronca y desgarrada— ¡La gallina de los huevos de oro! ¡La gallina de los huevos de oro!

X

Mientras tanto, una pareja estrañalaria caminaba por la ciudad. *El Rubio* había encontrado en la niña una compañía a la medida de su necesidad.

Cuando se le ocurrió salir de la casa de doña Antonia, la tomó de la mano por el capricho de tener alguien a quien hablar y ella le siguió dócilmente porque hacía mucho rato que ya no sabía dónde se encontraba ni con quién. Poco después se percató de que ella también era rubia:

—Como yo. Eres como era yo de pequeño —le acarició la cabeza y rió.

El Rubio la llevaba de la mano y le contaba historias inconexas y Andreíta, que de nuevo se sentía el centro de atención de un adulto, le sonreía como si lo conociese de toda la vida. Al rato de ir por la calle *El Rubio* se dio cuenta de que la niña no llevaba el abrigo, se quitó la cazadora y se la puso a la chica para que no pasase frío. Después se quedó muy satisfecho de sus cuidados.

Andreíta lo observaba con sus ojos redondos y cálidos y el hombre se divertía imaginando su autoridad de persona mayor. Por experimentar las reacciones de la niña *El Rubio* hacía tonterías: se subía a los bancos o hacía muecas y ella siempre estallaba en carcajadas. Otras veces los dos reían sin que hubiese motivo. La niña nunca hubiera imaginado que un papá pudiera ser tan divertido.

Estuvieron paseando un rato hasta que *El Rubio* tuvo hambre y la llevó a comer a una hamburguesería, de donde, naturalmente, salieron sin pagar

porque no tenían mucho dinero. Ninguno de los dos iba a tener remordimientos.

—¿Dónde quieres ir, princesa?

Una niña de cinco años tiene muy claro cuál es el sitio que siempre quiere visitar.

XI

A las ocho de la tarde hay un lugar en la ciudad donde las diversiones no cierran la puerta: el parque de atracciones. Puri y Elena habían recorrido casi todas las calles de la ciudad, hasta que la amante del *Rubio* lo recordó:

—Al *Rubio* lo que más le gusta es el algodón de azúcar. Es capaz de comerse tres bolas seguidas.

Así que se dirigieron hacia allí dudando de que las piernas las siguieran sosteniendo mucho rato más. A Puri la empujaba el amor; a Elena, el pánico.

Como no era un día especial no había mucha gente, cosa que las consoló a las dos: quizás algún niño de la mano de su padre o su madre, un grupo de adolescentes, algún desorientado más. Era inútil preguntar por ellos. Un señor rubio llevando de la mano a una niña rubia: nada más parecido a un padre y su hija. Puri y Elena pasaron por delante de las casetas de tiro, buscaron entre unos borriquillos miserables que giraban alrededor de un madero cabalgados por niños, inspeccionaron los autos de choque, se asomaron a la Casa de los Horrores y desearon fervientemente que no hubiesen entrado a ver el circo.

La tarde se volvía cenicienta y, para imitar el alma lacrimosa de las dos peregrinas, quiso el día amagar con llover. Una gota cayó limpia y redonda sobre la cabeza de Elena, que levantó la vista al alto para ver si se colmaban sus dolores. El cielo oscureciendo marcaba el final de un día lastimoso, las nubes negras querían cerrar en los humanos toda esperanza y ascendiendo hacia el infinito giraba, insensible al ocaso del día, la noria.

Elena dejó resbalar su vista por las cajas semivacías que pendían de la rueda tremenda que giraba: asomaban las caras felices de niños que gritaban, alguna pareja que se abrazaba para prestarse improbable protección, otras caras asustadas de las madres que obligaban a sus hijos a seguir agarrados a los pasamanos... y allá, al fondo, en una de las cabinas que quedaba más arriba, aparecía una cabeza vencida hacia atrás, como descoyuntada, y a su lado los ojos enormes de Andreíta que taladraban el aire de la tarde.

—Allí arriba, allí —gritó Elena con voz desgarrada—. ¡Que lo paren, que lo paren ahora mismo!

Los transeúntes la miraron un instante como si fuera una loca, pero casi nadie le prestó mucha atención. Puri, por fin, sonrió complacida viendo una imagen que sólo le pudo parecer familiar: cuando la caja bajó, observaron que *El Rubio* se había dormido. La niña, agarrada fuertemente a su mano, seguía pensando que el mundo de los adultos no tenía fisuras y veía girar el carrusel como si fuera el antípodo de su propia vida futura.

Al acabar el tiempo establecido para el viaje, la noria fue girando lentamente para dejar en tierra a los ocupantes de cada una de sus cestas. Al llegar el turno a la de los prófugos, el encargado tuvo que despertar al adulto para que saliera con su acompañante.

Elena se lanzó a abrazar a la niña, que se dejó estrujar con asombro. No entendía por qué hoy todo el mundo se ocupaba constantemente de ella. Además, como no había dormido siesta, empezaba a sentirse absolutamente cansada.

Puri y *El Rubio* debieron decidir celebrar por su cuenta y en soledad el reencuentro, así que, en un momento, desaparecieron sin despedirse de nadie.

Elena, cuando acabó de enjugarse las lágrimas y de comprobar que la niña se encontraba bien, volvió a la realidad: tenía que devolver a Andrea a su casa. A esas horas seguro que su padre hacía ya tiempo que había regresado al hogar y la estaba buscando. La carta de Rosa María decía con gran claridad que era él quien tenía que ocuparse de la niña. Se sentía agotada por el esfuerzo físico realizado durante el día y por las horas eternas de angustia que había empleado en buscar a Andrea, así que, haciendo un dispendio desacostumbrado, tomó un taxi para llegar a la calle Santa Isabel. Cuando llamaron al timbre no les respondió nadie.

«¡Qué raro! —pensó—. El señor Gutiérrez, el padre de Andrea, debería haber llegado ya». En fin, ese era el menor problema de todos los que había resuelto en ese día, así que, esta vez en autobús, se dirigió a su propia casa, en las afueras. «Por lo menos la niña podrá jugar con otros chicos antes de irse a la cama», reflexionó acordándose de sus sobrinos.

Sin embargo, un día que había comenzado tan mal no le iba a permitir descansar impunemente todavía. Desde que salió de su casa antes de las seis de la mañana no había vuelto a comer, ni había llamado por teléfono, ni había apenas recordado que hubiese otras personas pendientes de ella, así que cuando llegó a su destino encontró lo único que no había previsto: Olimpia estaba llorando rodeada de sus dos hijos, que no comprendían bien lo que estaba pasando ni por qué Stephan había tenido que ir a declarar a la comisaría. Elena nunca había visto tan desesperada a su hermana, que al verla aparecer en el quicio de la puerta, con Andrea de la mano, la recibió con dureza:

–¿Qué has hecho? –y trasladaba su mirada desde Elena a la niña, sin entender–. Stephan está intentando aclarar que no somos una mafia dedicada a secuestrar a menores. ¡Casi nos llevan también a mí y a los niños!

Así, le contó que a media tarde habían llegado dos policías preguntando por ella, ya que el padre de Andrea había presentado una denuncia. Cuando el marido llegó a casa, vio la nota de su esposa y no encontró a la niña, imaginó que Elena, que todos los días se presentaba a primera hora, se la había llevado. Primero llamó por teléfono al número que había guardado desde el día del contrato, interesándose por ella, pero al no hallarla se dirigió a la policía para solicitar su paradero. La historia reciente de una mafia rumana que se dedicaba a raptar niños para pedir después el rescate vino a complicar las pesquisas, de modo que decidió que lo mejor era poner cuanto antes los medios más radicales para una búsqueda eficaz y, sin prever otras consecuencias indeseables, la denunció como responsable de la ausencia.

–¡Nos miraban como si fuéramos delincuentes! Stephan se negó a que registrasen la casa porque no entendíamos bien qué buscaban –de nuevo, Olimpia volvió a echarse a llorar–. Después de un rato todos nos pusimos nerviosos y él comenzó a gritarles que se fueran, que no habíamos hecho nada...

Por fin, los policías decidieron que, tanto si había un malentendido como si existía un delito, era imposible aclararlo sin intérpretes o, al menos, sin una intervención ajena a los que ya se habían erigido en protagonistas de una minúscula torre de babel. Según estaban deduciendo de los primeros interrogatorios, su cuñada Elena, que no había vuelto a su domicilio a la hora habitual, era probablemente la última persona que había visto a la niña

desaparecida; pero no había dado señales de vida ni había disculpado su ausencia llamando por teléfono... Era todo muy raro.

–¿Por qué no has llamado? ¿Por qué has tenido que llevarte a la niña? ¿Qué te importan a ti los problemas de los ricos?

Elena era incapaz de explicar en pocas palabras todo lo sucedido, pero en su fuero interno sabía que ella había obrado bien. Igual que Olimpia abrazaba convulsa a sus hijos queriendo protegerlos de una amenaza inconcreta, ella abrazaba a su Andrea, aunque sabía que el suyo era un socorro que no le correspondía.

–¿No ves que en España no podemos permitirnos tener complicaciones? ¡Hemos venido solamente a trabajar! –concluyó Olimpia derrotada.

Elena no quiso perder tiempo en justificaciones que alargasen la pesadilla. Lo primero era llamar a la policía para resolver el entuerto: cada cosa debía volver a su lugar. Una vez aclarado que la niña se encontraba en la casa y que su padre podía venir a recogerla, la madeja malévolas que estaba enredando sus vidas comenzó a dejarse desanudar: el señor Gutiérrez, si podía reunirse con su hija y ésta se encontraba bien, retiraría la denuncia. A la vez, Stephan consiguió hacerse entender y se disipó la niebla confusa de la mafia extranjera: si no hubiese sido porque estaba tan cansado, se hubiera reído. Finalmente, el rumano, el padre de Andrea y los dos policías volvieron a casa para cerrar el asunto.

El señor Gutiérrez abrazó a su hija con un entusiasmo forzado, pero miraba a Elena con un desagrado sincero. Probablemente, en su fuero interno, la juzgaba cómplice de la huída de su mujer, o al menos, sabedora de su

propia humillación. ¿Quién era ella para haber metido sus sucias manos en un problema tan íntimo? ¿Por qué no se había limitado a observar en silencio? Una simple llamada al trabajo (él no recordaba que jamás le había facilitado ese número de teléfono) hubiera bastado para devolver la niña a su padre. Una empleada doméstica no tiene que tomarse atribuciones que no le corresponden y ponerse a pasear a una niña pequeña durante todo el día sin consentimiento del padre. Una empleada doméstica debe limitarse a limpiar, según el horario acordado y por el precio pactado. Nada más.

A Elena, por su parte, le resultaba realmente complicado explicar las aventuras del día. ¿Dónde habían estado? ¿Cómo contarla sin que todo pareciera un absurdo? Andrea estaba bien y decía que venía de subir a la noria y que había comido hamburguesa, pero ella no se sentía con fuerzas de justificar casi nada. *El Rubio*... ¿Cómo se llamaba, en realidad, *El Rubio*? O Puri... ¿Quién era Puri?, Puri ¿qué más? Ya todo eso le daba lo mismo. Casi todas las cosas habían vuelto a su cauce; casi todo, excepto un cansancio infinito.

El señor Gutiérrez miraba a su alrededor con desprecio. Su hija, tan rubia y tan blanca, sentada junto a unos niños que hablaban en un idioma muy extraño; a su lado, Stephan con sus manos enormes y callosas; las dos hermanas, tan parecidas y tan descuidadas en ese momento de su aspecto; la mesa miserable con su hule gastado... Todo aquello le parecía repulsivo y ordinario. Era hora de volver a su casa confortable y caliente... aunque vacía. Haciendo un esfuerzo que sirviera para salir del paso, le dio la mano al hombre de la casa a modo de despedida y, sin dar a Elena las gracias ni apenas mirarla, dijo que consideraba ya el asunto resuelto.

Por fin todos se fueron: el padre con su hija en brazos, que se había dormido, y los dos policías con su bloc de notas. La familia quedó en paz.

—Otro día os lo cuento —prometió la chica, que casi no podía ni hablar. Cenó frugalmente y se fue a descansar.

El techo de su cuarto, desde la cama, se veía liso y cuadrado; la ventana que daba a la calle dejaba pasar una rendija de luz; las mantas y las sábanas, en vez de ofrecerle cobijo, le pesaban como si se hubieran vuelto de plomo; así que en lugar de dormir, Elena dejó volar sin cortapisas su mente. Recordó todos los avatares del día, desde el último hasta el primero, como los fantasmas vertiginosos de un carrusel que se había empeñado en no dejar que llegase a ella ni una esquirla de paz. Primero recordó el malentendido con la policía y la humillación ante el padre de Andrea, que la supuso delincuente antes de imaginar que su único afán en el día había sido el de proteger a su hija, y que no supo agradecer ni su cariño ni su dedicación. Después recordó a aquellos dos miserables, Puri y *El Rubio*, y lamentó sus vidas desnortadas, su falta de escrúpulos y su ingenuidad culpable ante la vida: eran adultos que no habían dejado de ser niños, un error que a su edad ya no tenía perdón. Recordó a doña Antonia y los cuidados egoístas con su madre, y la náusea que sintió inmediatamente en el estómago le recordó que no quería volver a verla nunca más. Recordó a Rosa María y sus zapatos de tacón, sus vestidos y sus lloros al teléfono: frente al egoísmo vulgar y soez de doña Antonia, ella era la imagen viva del egoísmo de cara lavada, de guante blanco y alma podrida. Sintió una rabia sorda que le lastimaba el corazón al pensar en todos ellos, y para acabar de degustar su propio cáliz, fue atrás, todavía más atrás y recordó a Enrique, con su bata blanca extendida tapando su cuerpo dormido. También

lo recordó junto a la puerta con su paquete de tabaco en la mano, ofreciéndole un cigarrillo de reconciliación.

—Nunca más —se dijo con ira—, nunca más.

Se levantó de la cama, cogió de su bolso el paquete empezado y se dirigió al servicio descalza. Allí comenzó a desmigar en la taza del water cigarro tras cigarro y, mientras veía las hebras sucumbir arrastradas por el empuje del agua, pensaba que estaba dejando atrás lo más sucio que le había ocurrido en ese día.

—*Niciodata*.

Por fin, volvió a su cuarto y ya pudo dormir.

XII

Los días siguientes Elena se sentía enferma. No le dolía nada en concreto, ni tenía fiebre, pero se notaba incapaz de realizar ningún esfuerzo. En realidad, nunca le había costado tanto empujar hacia adelante su propia vida. Era consciente de que había perdido, a la vez, los tres trabajos que antes realizaba y por ello decidió buscar un nuevo empleo, así que, durante los primeros días, tras levantarse y tomar una gran taza de café, salía a la calle con el único objetivo de comprar el periódico. Después volvía a casa y pasaba las horas sentada en la cocina subrayando los anuncios por palabras que ofrecían algún tipo de ocupación. Luego, ya no tenía fuerzas para llamar a ninguno.

Olimpia no quería presionarla para que encontrase trabajo, aunque suponía que esa era la única forma de que saliera del hastío que la estaba convirtiendo en una persona lejana y apática. Suponía que necesitaba más tiempo para recuperarse. El alma herida tiene sus propias exigencias.

Al poco tiempo del desastre, el mismo periódico que no recogía ninguna ocupación suficiente que obligase a Elena a salir de su estado trajo una esquela que le hizo contraerse en un escalofrío. Úrsula había muerto. Entre la apesadumbrada familia sólo aparecía doña Antonia, que probablemente era su única hija. «La gallina de los huevos de oro...», recordó la chica. Ella no conocía que doña Antonia tuviera en esos momentos ni hubiera tenido antes ningún trabajo ni ningún tipo de ingresos, así que suponía que las cosas se le

iban a poner extremadamente difíciles, pero no se permitió a sí misma sentir lástima.

Elena sólo pensaba en su propio desconsuelo, que ni siquiera le había dejado volver a clase. En su fuero interno se culpaba a sí misma de estar todo el día mano sobre mano: «Si no hay trabajo, no hay estudios. Lo que tú merezas, lo has de merecer por partida doble», y no se quería permitir el lujo de estudiar porque no podía permitirse el de trabajar.

Así siguieron pasando los días, sólo alterados por una pequeña presencia. Al final de la tarde, allá en el horizonte de la calle, aparecía la moto conocida de antes del último giro que había tomado su vida. Al principio Elena no lo advirtió, tal y como estaba resignada a no querer enterarse del mundo que le rodeaba; pero después de advertirlo, no lo quiso mirar.

—Lo que no se ve, no existe —se decía cerrando la ventana de su cuarto y bajando la persiana hasta que ya no entraba ni un átomo de luz, ni un decibelio apagado del motor del vehículo.

Pero la presencia seguía. La figura ancha de la cazadora negra, el casco con su visera como una escafandra, y el maldito ronroneo al atardecer comenzaron a impacientar a una Elena que, por fin, iba a saltar de nuevo al ring de la vida.

—Como lo coja, lo mato —se oyó decir uno de los días que la presencia se hizo más insistente a un lado y otro de la calle.

Y no lo pensó más. Había visto en pocos días muchas cosas. Había visto el horror de pesadilla de los malos tratos de doña Antonia a su madre, había visto el egoísmo y la estupidez de los padres de Andrea, había visto a su propia familia en peligro por su culpa y había sido humillada por un ser

mezquino y grosero... y además había perdido todos sus trabajos de la forma más absurda. Aquello era demasiado. Para terminar de torturarla, un espectro vestido de oscuro que había sobrevivido más allá de la pesadilla que Elena acababa de superar se paseaba como una sombra entre ella y el horizonte.

Elena dejó de mirar por la ventana y bajó a la calle. Cuando llegó, el motorista había enfilado por enésima vez el margen de carretera que se extendía al lado de la puerta, así que esperó a que se acercase suficiente y con un salto repentino y suicida, se plantó delante como una exhalación. El conductor, que se vio sorprendido, por evitar atropellarla, dio un giro brusco, y aunque intentó recobrar el dominio de la moto cayó unos metros más adelante. Elena, tan impactada por su propia osadía como por el desenlace imprevisto, se acercó con intención quizás de ayudarle y a la vez de despedirle, fuera quien fuera, para que ya no la molestara nunca más.

La figura caída en el suelo se incorporó y se tocó con el brazo izquierdo el hombro contrario. Después, con gestos de dolor, se quitó el casco que le había ocultado la cara. Bajo la aparente escafandra surgió la cabeza despeinada del profesor Jorge Fernández. Elena lo miró incrédula y con pasos dubitativos se terminó de acercar. Él le devolvió la mirada con aspecto desvalido y haciendo un gran esfuerzo consiguió articular:

—Escrito está en mi alma vuestro gesto...

La alumna Elena Cijevschi, haciendo un colosal esfuerzo de memoria, recordó uno de los últimos textos comentados en clase de Literatura y recitó:

*Escrito está en mi alma vuestro gesto
y cuanto yo escribir de vos deseo:
vos sola lo escribisteis, yo lo leo...*

Y continuó a la carrerilla, triunfal, con acento sabihondo y repelente:

–Garcilaso de la Vega. Nació en Toledo en 1501, en el seno de una familia noble. Fue miembro de la corte de Carlos I. En 1526, tras su matrimonio con doña Elena de Zúñiga, acudió a Granada a las bodas del emperador con Isabel de Portugal. Allí conoció a la mujer que inspiraría sus más bellos poemas: la dama portuguesa Isabel Freire...

Jorge negó con la cabeza, martirizado por un gesto de dolor, a la vez que se tocaba el hombro herido, y repitió con acento aún más lastimero:

–*Escrito está en mi alma vuestro gesto...*

Elena lo miró de nuevo, esta vez más adentro del deseo de sus ojos, y ya no vio a su profesor de literatura, sino al hombre que soñaba con ella a través de las palabras de los otros. Entonces comprendió.

No se atrevió a sonreír, pero se acercó temblando y le respondió susurrando:

–*În sufletul meu este scris imaginea vostră.*

En realidad, todas las lenguas sirven para decir lo mismo. Ahora, por fin, ya lo había entendido.